REBELION EN LA
SALITRERA

UNIVERSIDAD DE CHILE
3 5601 15631 3904

Theodor Plievier

Traducción
Judy Berry-Bravo
Pedro Bravo-Elizondo

COLECCIÓN LUIS GONZÁLEZ ZENTENO

Theodor Plievier (1892-1955) nació en Berlín-Wedding, Alemania. A comienzos del siglo XX, realizó viajes a Australia y Sudamérica, especificamente a la zona salitrera de Chile, Tarapacá y Antofagasta. **Rebelión en la Pampa Salitrera** transcurre en la utópica provincia de Atahualpa (Tarapacá) en la década de los 30s. No ha sido traducida y ésta es su primera versión, razón por la cual es "la novela ignorada del salitre." La novela abarca el período de la presidencia y dictadura de Carlos Ibáñez del Campo y la situación social de Chile cuando en 1931 se agrava la crisis y cierran los mercados del salitre y cobre. Motivos fundamentales son la "sublevación de la Escuadra" en Coquimbo, la "República Socialista" del 4 de junio de 1932, la creación del "Consejo de Obreros y Campesinos" y "Alianza Revolucionaria de Trabajadores" y el movimiento obrero de la pampa y puertos del salitre

El rescate de esta novela, añade una obra fundamental para entender el período histórico de la Era del Salitre que da origen al nacimiento del moderno movimiento obrero en Chile.

Theodor Plievier (1892-1955) nació en Berlín-Wedding, Alemania. A comienzos del siglo XX, realizó viajes a Australia y Sudamérica, especificamente a la zona salitrera de Chile, Tarapacá y Antofagasta. **Rebelión en la Pampa Salitrera** transcurre en la utópica provincia de Atahualpa (Tarapacá) en la década de los 30s. No ha sido traducida y ésta es su primera versión, razón por la cual es "la novela ignorada del salitre." La novela abarca el periodo de la presidencia y dictadura de Carlos Ibáñez del Campo y la situación social de Chile cuando en 1931 se agrava la crisis y cierran los mercados del salitre y cobre. Motivos fundamentales son la "sublevación de la Escuadra" en Coquimbo, la "República Socialista" del 4 de junio de 1932, la creación del "Consejo de Obreros y Campesinos" y "Alianza Revolucionaria de Trabajadores" y el movimiento obrero de la pampa y puertos del salitre

El rescate de esta novela, añade una obra fundamental para entender el periodo histórico de la Era del Salitre que da origen al nacimiento del moderno movimiento obrero en Chile.

833.91
P728r.E
C 1

Theodor Plievier

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAS

Donación / 09-junio-2004

Rebelión en la Pampa Salitrera

Traducción
Judy Berry-Bravo
Pedro Bravo-Elizondo

Traducción de Revolt on the Pampas de Theodor Plievier
(Editorial Michael Joseph Ltd.
Traducción de Charles Ashleigh, London, 1937).
Registro de Propiedad Intelectual N° 122.933
ISBN : 956-7628-08-4

Edición
Miriam Salinas Pozo

Diagramación y Estilo
Ediciones Campvs
Universidad Arturo Prat

Coordinación
Patricia Carreño

Indice

Introducción 9

Prólogo *15*

Libro Uno

De Hamburgo a la Costa Oeste

Capítulo 1 19
Capítulo 2 34
Capítulo 3 47
Capítulo 4 59
Capítulo 5 78
Capítulo 6 90
Capítulo 7 100

Libro Dos

En las tierras de Atahualpa

Capítulo 1 115
Capítulo 2 126

.... 136
Capítulo 3 146
Capítulo 4 157
Capítulo 5 171
Capítulo 6 179
Capítulo 7 199
Capítulo 8 220
Capítulo 9 229
Capítulo 10 ....

Libro Tres

La rebelión de los condenados

Capítulo 1 271
Capítulo 2 281
Capítulo 3 297
Capítulo 4 303
Capítulo 5 313
Capítulo 6 315
Capítulo 7 325
Capítulo 8 346
Capítulo 9 361
Capítulo 10 403

Post scriptum 406

Respectfully dedicated to
Margret Morel-Plievier
for her generosity in authorizing
this edition of her husband's novel.

Introducción

En búsqueda de un escritor olvidado: Vida y obra de Theodor Plievier

La aplicación del título, sólo corresponde a Chile, pues en su país natal, Alemania y Europa en general, Plievier goza de merecido prestigio y agudos críticos le han dedicado su atención a través de los años en simposium y encuentros literarios.[1] Las pocas huellas en nuestra franja de tierra y océano, podemos trazarlas a dos investigadores de la zona norte, Marcelo Segall y Mario Bahamonde, quienes mencionan su novela *Revolt on the Pampas*, pero no la estudiaron detenidamente, según se deduce de sus comentarios. Bahamonde menciona además, *En el último rincón del mundo* y *Doce hombres y un capitán*, ambas ambientadas en el norte salitrero. Me referiré a ellas, más adelante.

Pliever nace en Berlín en 1892 y por una desavenencia con su padre, abandona el hogar a los diecisiete años. Desde entonces su peregrinar no tiene fin, Europa, Sudamérica, Australia, Rusia. De sus escritos, puedo concluir que entre 1909 a 1914 fue cuando estuvo en Sudamérica, (*llegué a la región en donde nace el Amazonas*) y conoció las ruinas de la *civilización de los incas*. Vivió en la zona comprendida entre

[1] Véase por ejemplo, *Exile: the Writer's Experience*. Eds. John M. Spalek and Robert E. Bell. The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1982. "*Theodor Plievier's Double Exile*," por Dieter Sevin, catedrático en Vanderbilt University, Nashville, Tennessee.

Antofagasta (Caleta Coloso y Aguas Blancas, pampa salitrera a unos cien kilómetros de Antofagasta) y Pisagua e Iquique. Esto lo confirma en su "Autobiografía"[2] *Entre Pisagua e Iquique me dediqué a la pesca, es decir lo mismo que mis lejanos parientes en el Paso de Calais venían haciendo desde hacía generaciones* (22). Recordemos que la pesca de albacoras era la fuente principal de trabajo en ambos puertos y zonas adyacentes.

Destreza en el manejo de la embarcación y excelente puntería del lanceador, eran requisitos indispensables en estas jornadas. A ello se refiere detenidamente el autor en la novela que hemos traducido como *Rebelión en la Pampa Salitrera.*[3]

Entre Antofagasta e Iquique, destacaban los puertos y caletas de embarque del salitre: Caleta Buena, Mejillones del Norte, Junín y Pisagua. Menciona en sus memorias que su vida era *transición. No hubiese podido decir hacia donde señalaba la brujula de mi vida*, incluso fue *secretario del vicecónsul alemán en Pisagua* (22). Agrega, *A los dieciocho, diecinueve y veinte años navegué por los mares y manifesté mi creciente rebeldía en peleas callejeras en Hamburgo, en Valparaíso, en Neucas y en San Francisco* (24).

Regresa a Alemania antes de la declaración de guerra de 1914 y debe servir en la armada hasta 1918. En ese año participa en el motín de los marineros en Kiel. Así lo manifiesta, *Cuando se rebelaron los marinos, tenía yo entonces veintiséis años, me convertí en redactor del periódico del comité de obreros y marinos* (25). En Berlín, al término de la conflagración dirige una pequeña editorial, en que sólo se *publicaban octavillas. HAMBRE, INFIERNO, REBELIÓN, NUEVO ORDEN eran los títulos.* Dieter Sevin comenta que en estos años, Plievier madura intelectualmente, pero sus sentimientos de rebeldía no disminuyen, sino que se transforman en una intensa fe en los derechos inalienables de libertad del ser humano.

---

[2] *Obras Selectas*, Barcelona, 1973: 19-32.
[3] *Revolt on the Pampas*, Plymouth, 1937.

A los treinta y tres años, compila unos relatos publicados como *Doce hombres y un capitán* (1930). El catedrático alemán Hans-Harald Müeller [4] dice que *personajes y episodios de seis de las once historias, reaparecen en La Gran Aventura* (521). Plievier subraya que *Los viajes por mar y las costas exóticas me habían proporcionado el tema (...) Siguió una comedia que elegí tomando como base el mismo tema y ambiente, Tiburones que fue presentada en Berlín y en Amsterdam* (28).

Más adelante añade que dos novelas, *Tiburones que no tiene relación con la comedia y En el último rincón del mundo son novelas de ambiente sudamericano, quizás las que más nostalgias y recuerdos me traen. Hablo en ellas de mi vida de marino y vagabundo, de la mar, de ciudades portuarias, de "tiburones" de tierra y de buenos camaradas y grandes aventuras* (29). En ésta, Plievier entrega datos y circunstancias del desembarco del marino Wensel quien abandona su barco *Cabo de Aguilas y bajó a tierra. Se hallaba en un pueblecito en el norte de Chile, en donde no se conocía la luz eléctrica (...) (Su compañero) después de enterarse del programa de Wensel, que había murmurado algo de "minas de nitrato, "encontrar trabajo" y "ganar dinero," fue cuando hizo aquel gesto especial* (6-7). Ese pueblito es Caleta Coloso, el último rincón del mundo para Wensel.

Retomo parte de la vida de nuestro novelista, para ubicar al lector en el tiempo, y en el espacio histórico. En 1933, Enero 30, el anciano Hindenburg nombra a Adolf Hitler Canciller de la república. En dos años, Hitler transformó a Alemania en un estado totalitario. Cuando fallece Hindenburg (1934), combina en su persona los cargos de Canciller y Presidente. En las "razzias" que los SS o "camisas pardas" desencadenan en febrero 27-28 de 1933, Plievier debía ser arrestado por sus ideas contrarias al régimen, pero logró escapar y dejó Berlín en marzo de aquel año. Ese mes, el 24, fue despojado de su

---

[4] *Das Grosse Abenteuer*. Alemania, Kevelaer, 1984.

nacionalidad alemana. Sus libros fueron quemados (mayo 10, 1933) y puestos en la lista negra. Con su amigo Harry Wilde –su biógrafo- se encontraron en Dresden ese mismo año. De allí se dirigieron a Viena, pero debido a la situación política, enfilaron a Paris, donde se impone que el editor holandés Allert de Lange, ayudaba a algunos escritores alemanes exiliados, en la publicación de sus trabajos. Fue a Amsterdam y logró un contrato.

Se une en el exilio a los Autores Revolucionarios del Proletariado y colabora en sus publicaciones. Vive económicamente en situación difícil en París, por lo que la invitación para asistir al Primer Congreso de la Unión de Escritores Soviéticos en Moscú en 1934 le es sumamente atractiva, según Dieter Sevin. Aun sin pasaporte válido se arriesga a partir. Se radica en Leningrado, pues Moscú no está al alcance de sus ingresos.

En este periodo, se produce la génesis de *Rebelión en la Pampa Salitrera*, pues en Leningrado escribe gran parte de la novela. ¿Pero cómo logra obtener la información de lo sucedido en Chile a finales de los 20's y comienzos de los años 30's, con la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, un régimen fascistoide que elimina sindicatos, destierra dirigentes al sur de chile y a las islas del Pacífico, y el exilio se constituye en norma para otros? Aquí interviene su amigo Harry Wilde quien en 1934, radicado en Holanda, recibe una carta de Plievier solicitándole material de lo acontecido en Chile. Wilde le envía la información necesaria sobre la resistencia democrática Chile contra el dictador, el que finalmente logra ser derribado.

Alberto Baeza Flores [3] describe con estas palabras el periodo de Ibáñez, *extremó la persecución a cuantos se oponían a su régimen unipersonal y a su concepción del "Nuevo Orden," apoyado en la disciplina de los Carabineros, en las fuerzas*

[3] Radiografía Política de Chile. Mexico, 1972

armadas, en los cuerpos represivos y en el equipo incondicional, donde no obstante la situación, había hombres hábiles y lúcidos. (...) Aumentaron los abusos, los exiliados, los complots, los desterrados y los asesinatos (153).

Alberto Baeza vivió la lucha contra la tiranía y recuerda, *El pueblo le había perdido el miedo a las balas (...) Finalmente, el que había prometido morir en su puesto, prefirió escapar hacia la frontera (...) El 26 de julio de 1931, en Santiago de Chile caían todos los cuarteles al desfondarse la tiranía* (166). Estos y otros acontecimientos notables como el "Levantamiento de la Escuadra" como la llama el autor citado, la "República Socialista," el historial del movimiento obrero en el Norte, concitan en Plievier la trama para su *Das Grosse Abenteuer*. De esta manera además, puede cumplir con su compromiso con Aller de Lange, quien le recuerda que tiene una deuda pendiente con su editorial, la promesa de la entrega de una novela.

En 1936 se publica en Holanda, y en 1937 en Plymouth, Inglaterra con el título de *Revolt on the Pampas*, la única edición en inglés, la cual nos sirvió como fuente para su traducción al español, la primera desde su publicación original. Sobrada razón tiene el profesor Müller, cuando asevera que la novela *evidencia una combinación particular de experiencias autobiográficas, de experiencias literarias tempranas y de un marco políticamente motivado* (521).

Para los que conocemos de primera fuente las experiencias vividas por nuestros abuelos en el campo de las luchas sociales en la zona salitrera, de la vida en el mar de nuestros pescadores, entre los cuales mi padre, tíos y primos desarrollaron sus actividades, que experimentamos los altos y bajos en los llamados períodos de crisis, la novela de Plievier nos retrotrae a una atmósfera no extraña, sino familiar que debe ser conocida por las nuevas generaciones para entender el proceso social que ha vivido el país.

armadas, en los cuerpos represivos y en el equipo incondicional, donde no obstante la situación, había hombres hábiles y lúcidos. (...) Aumentaron los abusos, los exiliados, los complots, los desterrados y los asesinatos (153).

Alberto Baeza vivió la lucha contra la tiranía y recuerda, *El pueblo le había perdido el miedo a las balas (...) Finalmente, el que había prometido morir en su puesto, prefirió escapar hacia la frontera (...) El 26 de julio de 1931, en Santiago de Chile caían todos los cuarteles al desfondarse la tiranía* (166). Estos y otros acontecimientos notables como el "Levantamiento de la Escuadra" como la llama el autor citado, la "República Socialista," el historial del movimiento obrero en el Norte, concitan en Plievier la trama para su *Das Grosse Abenteuer*. De esta manera además, puede cumplir con su compromiso con Aller de Lange, quien le recuerda que tiene una deuda pendiente con su editorial, la promesa de la entrega de una novela.

En 1936 se publica en Holanda, y en 1937 en Plymouth, Inglaterra con el título de *Revolt on the Pampas*, la única edición en inglés, la cual nos sirvió como fuente para su traducción al español, la primera desde su publicación original. Sobrada razón tiene el profesor Müller, cuando asevera que la novela *evidencia una combinación particular de experiencias autobiográficas, de experiencias literarias tempranas y de un marco políticamente motivado* (521).

Para los que conocemos de primera fuente las experiencias vividas por nuestros abuelos en el campo de las luchas sociales en la zona salitrera, de la vida en el mar de nuestros pescadores, entre los cuales mi padre, tíos y primos desarrollaron sus actividades, que experimentamos los altos y bajos en los llamados períodos de crisis, la novela de Plievier nos retrotrae a una atmósfera no extraña, sino familiar que debe ser conocida por las nuevas generaciones para entender el proceso social que ha vivido el país.

El autor buscó y encontró el material que requería para escribir su ficción, pero a la vez transformó la novela en arma de combate, en llamado de alerta, en los momentos que la humanidad aun no entendía o no quería comprender los peligros del fascismo y del nacismo que se hizo presente en nuestro país, en forma temprana con Ibáñez y reaparecieran años más tarde con otros militares a la prusiana. Son los momentos en que Europa se resiste a cree en la amenaza de una guerra, pese a las demandas y exigencias de Hitler. El exponente de tal naiveté es el primer ministro inglés Neville Chamberlain (1869-1940) quien en el pacto de Munich (1938) acepta las exigencias territoriales de Hitler y regresa a Inglaterra afirmando que esta concesión ha traído la paz en nuestro tiempo. El resto de la historia es archisabida, en septiembre 1, 1939, Alemania invade Polonia. Plievier y otros activistas previeron tales hechos y así lo manifiesta en la novela.

Los críticos alemanes exiliados reconocieron las cualidades de entretenimiento, tensión y aventuras de la novela, como asimismo las características de una narrativa política y antifascista. Carl Weiskoft escribió en el *Deutsche Volkzeitung* de Praga, *La necesidad por una literatura de aventuras de corte izquierdista ha sido a menudo recalcada. No se han escatimado los esfuerzos para conquistar este campo literario con el propósito de luchar contra el fascismo, pero sólo unos pocos libros izquierdista de aventuras han probado calidad y eficacia, lo cual alienta más la bienvenido de un autor de renombre quien ha adoptado este género y escrito una gran novela de aventuras de alta calidad* (Müller, 523).

Prosigo con Müller, en enero de 1936, Arthur Koestler (1905-1983), gran novelista, activista político y filósofo social, reseñó con este título en *Das Neue Tagebuch* en París la novela de marras, "*Un Jack London marxista.*" *La misma simplicidad de psicología hasta el punto de una sencillez del personaje; el mismo poder dinámico en la estructura de la trama (...) Es*

sorprendente cómo, contra este vívido, exótico escenario, la misma constelación social y mecanismo fundamental que domina a nuestra gris Europa, se nos acerca tan claramente en primer plano (524)

Graham Greene (1904-1991)[6] la reseña bajo el epígrafe "*Aventura en Chile.*" Destaca que *Herr Plievier muestra su inmenso poder como narrador* y añade que su escena favorita es *la noche de la tormenta con las calaminas volando de los techos y aterrizando en las calles solitarias, el abarrotado prostíbulo con sus cortinas provisorias, cuyo piso superior es arrastrado cerro abajo...* Finaliza su comentario, aseverando que esta escena es *más que un melodrama, es una leyenda.* Para un estudio detallado de personajes y motivos, léase el artículo citado en esta nota.[7]

La vida de Plievier en Rusia termina cuando el Tercer Reich se desploma en la primavera de 1945, y vuelve a su Alemania, a la conocida hasta hace unos años como República Democrática Alemana u Oriental. Allí no logró la libertad de acción que esperaba y en la primera ocasión que se le presentó, huyó hacia el Oeste el 28 de julio de 1947. De acuerdo con Dieter Sevin, dos veces trataron de secuestrarlo y llevarlo de regreso al Berlín comunista. Libre de censura completó su trilogía de la Segunda Guerra con *Moscú* (1952) y *Berlín* (1954). La otra fue *Stalingrado* (1945), escrita en Rusia.

En 1955 fallece en Suiza el hombre que dedicó su vida a exaltar la libertad individual y la justicia social, arriesgando para ello su existencia, y viviendo de acuerdo con sus inclinaciones y deseos de una gran aventura en países y tierras extrañas, aseverando al final de su vida que *Hoy día se lucha en todo el mundo por un nuevo esclarecimiento, se contribuye de un modo decisivo a esta lucha mundial por la libertad, por situar las relaciones sociales a un nivel más elevado y general* (Autobiografía, 32).

---

[6] *Spectator*. Vol. 159, Octubre 8, 1937.

[7] Dr. Judy Berry-Bravo. "Viaje al Norte Grande, viaje a la concientización: *Rebelión en la Pampa Salitrera.*"

El joven aventurero y el viejo luchador descansan ahora en paz. Otros tomarán la antorcha, para hacer de nuestro mundo, un mundo mejor y digno.

Los chilenos, en especial los nortinos, debemos un sentido homenaje a Theodor Plievier. Esta edición salda nuestra deuda. En el lenguaje de la pampa y el puerto, al traducir la novela a veces nos pareció ser unos *matasapos*, con fuerzas insuficientes para trabajar esta *colpa* y dejarla lista en la *cancha*. Nuestro agradecimiento a Ivor Ostojić, el lector solitario, por sus agudas sugerencias. "Last but not least," el reconocimiento para nuestra amiga de años, la poeta uruguaya Idea Vilariño por su traducción de la *Canción del Salitre*, motivo esencial de la novela.

A Wichita State University, mi gratitud por su apoyo a través de la *Office of Research Administration* para investigar y terminar este proyecto, a la Universidad Arturo Prat que realizó la edición y publicación a través de Ediciones Campvs, de la Dirección de Extensión Académica y Cultural, sin los cuales no habría sido posible concretar el presente trabajo.

Pedro Bravo-Elizondo
Wichita State University

Prólogo

Era ya tarde en la noche. La luna se elevaba por sobre las casas y los techos vecinos eran bañados por su luz. El patio de la vivienda era como un pasaje oscuro. Sin embargo, a través de una pequeña abertura en las desaliñadas cortinas, un rayito de luz se filtraba en la pieza, lo suficiente para poder distinguir borrosas formas. Un enorme ropero se perfilaba debido a la cama la cual brotaba blanquecinamente. Apenas se podían percibir las brumosas hojas de una planta. Un vestigio de luz se reflejaba en la pulida superficie del ropero de caoba y también, como si fuera una dirección obligada, se veía un cuadro que colgaba cerca del lecho. Era el retrato de un hombre. No podían vislumbrarse sus ojos, sólo su ancha frente y gruesas cejas. Su cara desaparecía en tintes descoloridos debajo de sus pómulos.

Había una segunda cama en esa pieza, ubicada en oscuras sombras en la esquina más alejada. Desde allí provenía un suave sonido, casi imperceptible que llenaba el cuarto con su rítmico e inquieto aire. Era la respiración laboriosa de uno de los que dormía.

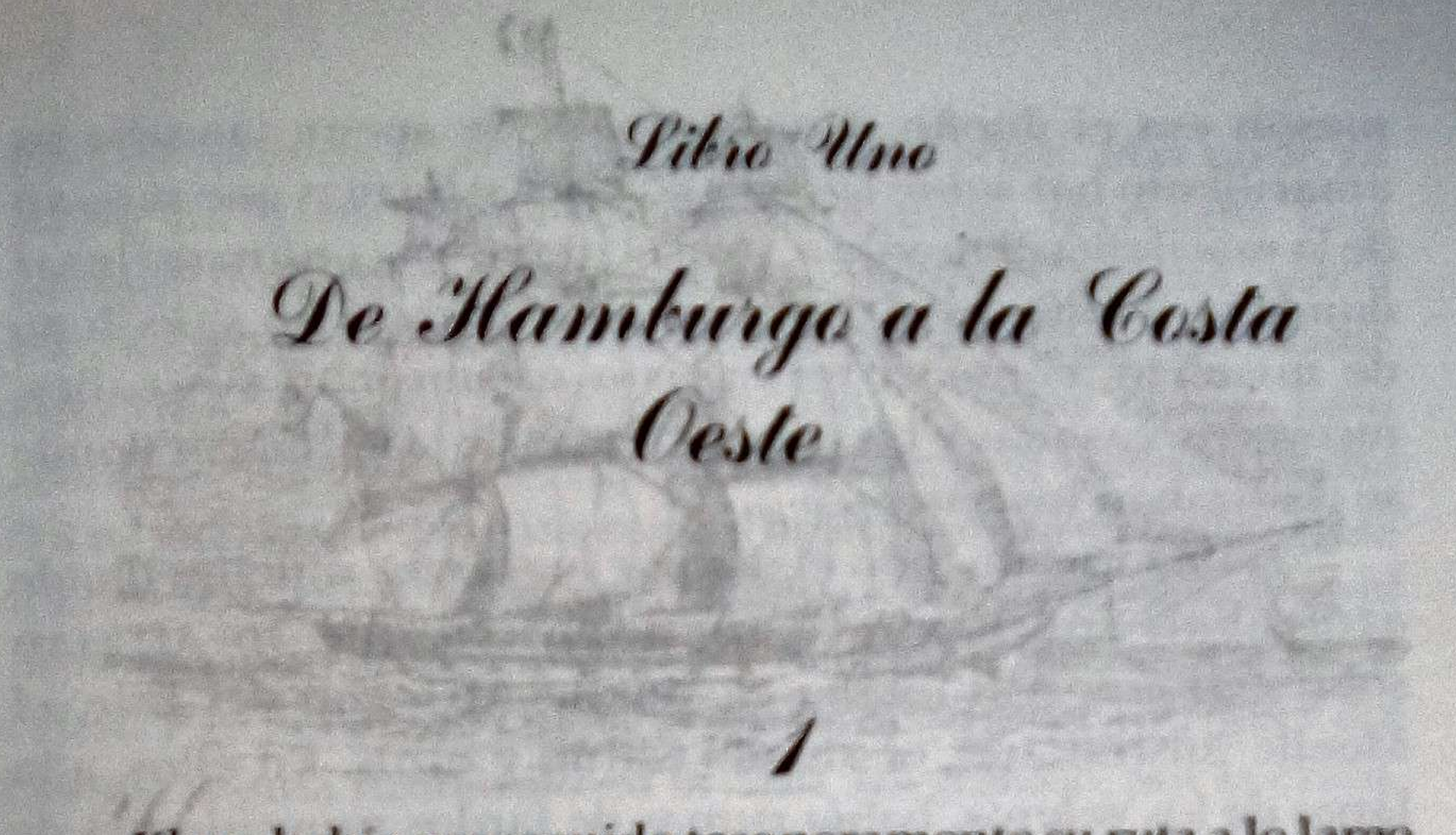
Se sintió un crujido de papeles. Un libro se cerró. Un cajón se abrió. Una mano se estiró para tomar algo. Luego fue suavemente retirada cuando un súbito movimiento provino desde una de las camas. Entonces, cuando ya no hubo ruido

alguno excepto la sosegada respiración, otra vez reapareció la mano y su dueño apresuradamente ocupado. Se oyó el rechinar de un zapato y una sombra creció en las tinieblas. Un tablón crujió y la sombra se inmovilizó. La luz de la luna introdujo la figura de un muchacho. Tenía una gorra puesta y en las manos un atado. De repente la pieza se convirtió en un caparazón cerrándose, repitiendo los ecos de los fuertes latidos de su corazón. No obstante, los que dormían continuaban respirando pausadamente y todo proseguía bajo un manto de quietud.

El muchacho se dirigió sigilosamente hacia el lecho más grande. Bajo la mirada del retrato en la pared, se agachó sobre un rostro. Los ojos estaban cerrados, cubiertos por párpados azulencos, un largo y claro mechón cubría una de las mejillas y de ella caía sobre su garganta. El joven se inclinó, tocando imperceptiblemente las líneas de la boca. Pero en ese momento los labios se abrieron. De inmediato se deslizó serpentinamente hacia la puerta, la abrió y se paró allí mirando por un rato hacia el cuarto.

La voz desde la cama musitó nítidamente, "Klaus." Ya estaba afuera de la puerta entornada, sosteniéndola. Desde allí pudo ver una mano que ciegamente trataba de alcanzarlo, la mano de una mujer cuya aspereza denotaba la vida dura.

Lentamente volvió hacia las frazadas de la cama. Él todavía podía sentir la mano, dibujada en sus contornos por el astro de la noche, mientras caminaba con su bulto por las calles de la ciudad.



Libro Uno

De Hamburgo a la Costa Oeste

1

Klaus había proseguido tesoneramente su ruta a lo largo de la carretera, dejando tras sí los campos arados de las villas. Cada día significaba para él kilómetros entre su persona y Berlín. Había tantas cosas para el muchacho quien debería estar en la escuela, aunque no fuera por mucho tiempo. Apresuraba el paso como si tuviera miedo de llegar tarde. Siempre en dirección al norte, hacia el mar, el cual no había visto jamás. Demoró dos semanas para alcanzar al gran puerto.

Llevaba varios días en Hamburgo. Había pasado hambre la mayor parte del tiempo y sin ningún lugar donde dormir. Sin embargo, si se le hubiese ofrecido la oportunidad de cambiar su nueva libertad por una cama, o simplemente compartir una, la habría rechazado. Estaba demasiado confinado en su casa. En ese momento una pequeña grieta en el mundo aparecía ante él y ¡todavía existían tantas puertas que podría abrir!

Una tarde Klaus andaba cerca de los muelles. Se detuvo frente a una ventana que daba al sótano de una cervecería. Podía ver varios marinos, trabajadores de los muelles y una mujer con su pelo negro, brillante. Un hombrote detrás del

mesón era el dueño. Una lámpara de aceite lanzaba su amarillento haz sobre las mesas, caras y formas que surgían de la macilenta penumbra. Para el joven, este ordinario lugar donde se vendía cerveza y alcohol, le parecía un sitio lleno de misterio, como el vecindario mismo con sus calles, recovecos, casonas y las oscuras aguas de la bahía por donde se deslizaban los barcos.

Había vagado todo el día por los largos muelles donde atracaban los navíos con nombres que lo atraían sobremanera. Allí estaba el Muelle Africano del Este, el Muelle Australiano, el Muelle Chino y otros. En ellos, a lo largo de los veleros, había rumas de fardos provenientes de todas partes del mundo.

"Pero esto no es nada", dijo alguien. "Tú debieras de haberlos visto en los viejos tiempos, ¡entonces sí que ocurrían cosas aquí en los muelles!" Para Klaus era más que suficiente. De un barco descargaban café, de otro, té y más allá, maní, henequén, tabaco, caucho.

¡Si pudiera navegar en uno de esos barcos! De todos modos, no era asunto fácil. Ya había averiguado con varias personas y también ido a la agencia de empleo donde contrataban marinos. Lo había recibido un sujeto de anchos hombros y grueso cuello. Mascaba rabiosamente una colilla de cigarro. Era el jefe de la agencia.

Cuando el muchacho terminó de hablar, prosiguió con el cigarro, se rió y le insinuó que volviera a su casa. "¡Y no quiero verte por estos lados otra vez!"

Uno de los marinos le explicó a Klaus la situación: "Si solamente no tuviéramos esta crisis." Ya sabía lo que "crisis" quería decir. Había empezado en su casa con su padre. Una mañana no fue a trabajar a la fábrica. Solía sentarse todo el día cerca de la ventana, mirando hacia la calle. Esto sucedió

tiempo atrás en el antiguo piso donde vivían. Más tarde su padre no permanecía en casa y cuando regresaba casi siempre traía amigos consigo. Se sentaban en el gran cuarto y hablaban por horas sobre asuntos que se suponía que nadie entendía, "acción", "movimiento" y otras cosas. Esto aconteció hasta la tarde cuando se produjo el violento hecho del pasado que repentinamente brotó como un cuadro en la mente del joven. A la vez calzaba violentamente con el presente, por lo que evadió tal recuerdo. Bueno, eso es la crisis. Y su hermano Dietrich quien llevaba un año fuera del colegio seguía rondando en la casa, sin trabajo, por la crisis. Y su madre quien sufría las consecuencias, esto era la crisis también. Escuchaba la misma palabra con respecto a los buques que anclaban en el puerto y los cientos de marinos y estibadores a quienes había visto parados, ociosos, en frente de la agencia de empleo. Pero Klaus no pensaba volver a casa. Si lo hacía, ¿cuál era la razón para haberse escapado? No estaba forzado a hacerlo y no tendría que soportar a Dietrich. Con estos pensamientos se encontró en frente del Bar Filadelfia.

Había dos marinos que llamaron particularmente su atención. Uno de ellos era viejo y tenía la cara curtida, bronceada, con arrugas alrededor de los ojos. El otro se veía ceñudo y resuelto. Su tez era más oscura que la de su compañero; parecía un extranjero. Klaus dedujo que discutían un asunto algo serio y tal vez peligroso. Ese día había trocado sus zapatos por un par de zapatillas y algo de dinero. El contenido de su bulto había desaparecido hacía tiempo. Todavía conservaba unas pocas monedas en el bolsillo, por lo que bajó los peldaños de piedra, abrió la puerta y entró. El cuarto estaba abarrotado con diversos objetos. Del techo colgaban un pez-aguja, mandíbulas de tiburón y

modelos de cada imaginable tipo de embarcación, pasadas y presentes: carabelas españolas, galeones con despliegue de toda la arboladura de la Liga Hanseática, largas y estrechas falúas con la estructura típica empleada por los nativos de las Islas del Sur. La pieza parecía estar llena de polvo, de secretos y de poderes latentes que aguardaban ser conjurados.

En medio de todo, detrás de las innumerables botellas del bar, se sentaba un gordote somnoliente que tan pronto como Klaus entró, abrió uno de sus embotados ojos. El joven se alegró de ver que el dueño era un descuidado y perezoso tipo quien probablemente no se daría cuenta de que no pertenecía en tal lugar. Con tono casual pidió un tazón de caldo y un trozo de pan. Luego buscó de manera natural un asiento en la mesa próxima a la de los dos hombres que había estado observando desde la calle.

Uno de ellos era prácticamente de tez cobriza. Llevaba una camisa con cuello abierto y sin mangas. ¡Y qué brazos tenía! Llenos de músculos que se contraían en cada movimiento que hacía. Su pelo negro azulado y facciones fuertes le recordaron las ilustraciones que había visto en libros sobre pieles rojas. El no estaba hablando de cosas que se relacionaban con indios en los libros. Describía una huelga que había sucedido en alguna parte. Debía haber sido una gran huelga, supuso, de acuerdo con lo que el hombre de piel morena estaba comentando. Mencionó a Antonio, Iquique, Tarapacá y otros nombres de ciudades o provincias. Klaus no supo de dónde.

"Los tirotearon en grupos y llevaron a otros al desierto donde murieron de sed. Nuestros trabajadores del salitre no están organizados, tú sabes. Ese es el problema. Y fueron tomados completamente por sorpresa. ¡La próxima vez estaremos preparados!"

El fornido marino se inclinó hacia el viejo y habló en voz queda. Aun así, Klaus pudo escuchar lo que dijo.

"Debo regresar allá, no importa lo que me pase."

"Está bien", replicó el otro, "nos vamos mañana. Pero ya sabes, ya te lo dije, es un velero."

"Sí, ya sé. Tomará tres meses, ¿pero qué puedo hacer? Tal vez demore años antes de que el viejo vapor en que trabajo regrese a la Costa Oeste."

"Bien, yo no tengo problemas, sólo tenemos que ver cómo lo vamos a hacer. Quizás en uno de los botes, o en el pañol de la cadena del ancla."

"No me importa dónde sea, lo importante es estar abordo." Y levantó la mano. El viejo marino se la estrechó.

"Listo entonces. ¡Gracias compañero!"

Klaus notó cómo las manos se apretaban firmemente.

El indio llamó al cantinero, "Oye, tú, viejo perro. Trae algo para tomar. Nos estamos muriendo de sed aquí entre todas tus botellas y barriles." Klaus estaba tenso, excitado. Había llegado en el momento preciso para ser testigo de un acuerdo secreto y escuchar un plan que le podría servir. Había muchos barcos en la bahía y todos debían tener botes y pañoles. ¿Por qué no podría él también *embarcarse de pavo*? El indio continuó hablando.

"Estoy listo, tal como me ves. No voy a volver al barco. Ya he sudado demasiado en ese viejo casco. Se sale de un puerto ¡y a otro de inmediato! Y en cuanto a la tripulación, ¡no se puede hacer nada! Cualquiera de ellos puede cometer un crimen por un vaso de ron." Al instante se detuvo."¡Eh, cuidado, te vas a caer de esa silla!" Se refería a Klaus quien había abandonado su pose casual y se inclinaba hacia ellos. Cuando de repente esos ojos negros se encontraron con los suyos, se echó violentamente hacia atrás y fijó su asustada

mirada en un gran pez disecado. Iba a silbar como otro prueba de algo coincidente, cuando se dio cuenta de que no parecería en absoluto natural. Tomó el tazón que ya estaba vacío y fingió sorber un poco de caldo.

El marino observó, "Esa taza está vacía, ¿no?"

"Tiene razón", contestó Klaus y llamó al dueño, "¡Tráigame otra, por favor!"

"¿Y pan, también?" preguntó su vecino.

"Bueno... ¡sí! Es una buena idea. ¡Algo de pan también, por favor, cantinero! Y póngale un poco de mantequilla" Metió la mano en el bolsillo para verificar si tenía dinero.

"Está bien. Yo pago por las dos cosas," dijo el moreno. El viejo marino, Martín, se dio vuelta para examinar a Klaus. Ojos muy claros, brillantes surgieron de esa cara bronceada, de líneas profundas.

"Se ve como que ha pasado malos ratos," comentó el moreno.

"Sí, bastante malos," concordó el viejo después de una larga e inquisidora mirada.

Klaus, a la defensiva, apuntó, "Pasa de vez en cuando."

"Sí, a veces, y si no puedes hacer nada es peor."

Klaus echó sus hombros hacia atrás, "inflándose," como Dietrich lo llamaba, y respondió, "Mire, no es tan malo, soy capaz de soportarlo."

Sus vecinos tornaron a su tema. El más joven realmente se veía como un indio. Klaus escuchó a Martín llamarlo por su nombre, Achazo. Y entonces Martín y Achazo brindaron chocando sus vasos. Una mujer se acercó y se sentó entre los dos. Comentaron sobre los otros bares en la vecindad, de cómo estaban casi vacíos y de que las cosas solían ser mejores. Sin embargo, en el curso de su conversación, Martín regresó al asunto que habían discutido.

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES

"¿No tienes ningún equipaje en el vapor?"

"Nada que valga la pena."

Miraron nuevamente hacia la mujer.

"Sólo algunos hombres vienen a tierra en estos días," dijo.

"Para qué desembarcar, ¿con qué? Nuestros salarios ni siquiera cubren nuestras mínimas necesidades. Si compras un par de zapatos y pantalones, ¡el dinero se va como el agua!"

"¿En qué barco andas?" preguntó la mujer.

"Estamos en un viejo barquichuelo," contestó Achazo por los dos. "Zarpa para el Mediterráneo, pasando por el Canal de Suez y sólo Dios sabe dónde recalaremos."

"Un largo viaje. Después van a tener un montón de dinero."

"Sí, claro, ¡un montón!"

Luego Martín volvió a su verdadera preocupación.

"El pañol de la cadena sería lo mejor."

"¡Seguro! El pañol, entonces," reafirmó Achazo. Se tornó hacia la muchacha. "El me pregunta dónde puede esconder su perro. ¡Se compró un pekinés, imagínate! Pero es un buen cachorro con una cola plateada y pelaje largo y sedoso."

"Sí," dijo la mujer. "Son simpáticos. Una vez tuve uno, pero fue un problema porque hay que preocuparse tanto por ellos."

Una risa repentina irradió la arrugada cara de Martín.

"¡Eso es! ¡Es una fregatina cuidarlos!"

Klaus también tuvo que contener una sonrisa mientras todavía fijaba su mirada estudiosa hacia el viejo y disecado pez. Achazo seguía con el asunto del pekinés, lo fácil que contraían un resfrío y mencionaba otras aflicciones que sufrían los de esta raza. Entretanto, Klaus relajó su atención

y se dedicó a inspeccionar otras de las curiosidades que el lugar contenía. Había lanzas, tambores y máscaras de guerra en las murallas. A la vez empezó a desarrollar su propio plan. Primero pensó pedirles a los dos hombres que lo llevaran consigo abordo. Pero era imposible ya que la mujer estaba allí. Además era dudoso que aceptaran tal cosa. Decidió actuar con su propia iniciativa. Tendría que ubicar el barco, averiguar dónde estaba el pañol de la cadena y luego subir abordo. Después de todo, tenía tanto derecho como el que más para tomar ventaja de la situación.

¡Si sólo pudiese saber el nombre del barco! La gente de la mesa próxima no hablaba del barco. Incluso Martín no tocó el tema. Pronto Achazo llamó al dueño para cancelar la cuenta. Entonces palmoteó el hombro de la muchacha y se despidió, "Te deseo mucha suerte, nena. Nos vemos otro día."

Martín le recordó, "Necesitamos una botella para el guardia. Es finlandés y chupa como esponja. Luego ronca toda la noche."

Achazo pagó la cuenta, incluyendo una botella de aguardiente, el pan y el caldo de Klaus. Agregó unas monedas al total y, con un movimiento de su índice, le dijo al dueño, "Es por el muchacho ése. Déjelo dormir en una banqueta por esta noche."

Los planes se le esfumaron. Por un momento estuvo tan anonadado que ni siquiera pudo decir gracias. Se dio cuenta que tendría que pasar la noche con el peje-aguja, las mandíbulas de tiburón y las máscaras de guerra. Pero el barco cuyo nombre no sabía... ¡Y ese pañol de la cadena que de alguna manera debía encontrar! Se recuperó de su estupefacción y confusión cuando los hombres ya habían salido.

"Tienes mucho tiempo, descansa," le aconsejó el hombre

"No me siento bien. Voy a salir a tomar un poco de aire," tartamudeó y fue rápidamente a la puerta. Subió los escalones a toda prisa. Una vez en la calle, se detuvo y buscó ansioso.

La calle estaba casi desierta. Los divisó bajo un farol. Deambulaban tranquilamente, tomándose todo el tiempo del mundo. Esperó que se perdieran de vista y empezó a seguirlos. Cuando se vio muy cerca de ellos, se ocultó detrás de una puerta. De esta manera se convirtió en su sombra hasta que llegaron a los muelles. Estaba más oscuro que en las calles y tuvo que arriesgarse a vigilarlos más de cerca. Había tenido suerte de tener zapatillas, pues sus pisadas no lo delataban. A pesar de todo, los hombres se desvanecieron como si se los hubiera tragado la noche. Klaus corrió. Si Martín no se hubiese detenido a encender su pipa, no los habría visto o habría chocado con ellos. Al instante atisbó la cara del viejo marino, gracias a la luz del fósforo, y sólo entonces notó a Achazo quien estaba sentado en un fardo.

Martín caminaba solo dirigiéndose a una pasarela al costado del barco. Era muy oscuro para distinguir el casco del velero, pero se podían ver sus tres mástiles irguiéndose en lo alto. Klaus sabía lo que iba a ocurrir. Martín iba a buscar al guardián quien chupaba como esponja. Bebería el aguardiente y después... "roncaría por horas." Todo ello demoraría.

Achazo se mantenía quieto en el fardo. Klaus se encuclilló contra la muralla de un cobertizo. Pasaron minutos, media hora, una hora... Estaba tieso y cansado con la tensa espera. La sombra de Martín apareció una vez más. Achazo se paró y se unió a él tan silenciosamente que Klaus no pudo oír una sola pisada. Prosiguieron por la pasarela y desaparecieron en la cubierta del velero.

Klaus calculó cuánto debía aguardar. Estaba seguro de que ambos se dirigieron al pañol de la cadena. Quizás entonces Martín se iría a dormir. Pensó que sería mejor darle tiempo antes de cumplir su cometido. Una vez más, se decidió por la tensa y larga vigilia. Supuso que Achazo ya se hallaba en el pañol. ¿Y dónde diablos estaba ese lugar? Debido a la oscuridad era incapaz de saber qué dirección tomaron. De todos modos, lo primero que tenía que hacer era llegar a la cubierta y dirigirse hacia adelante. El ancla siempre quedaba adelante, el tan nombrado pañol debía estar en esa dirección. Sabía eso por lo menos con respecto a los barcos, por lo que había leído, y también que la cadena salía por un agujero conocido como *ojo de pase de cadena*. Como el ancla colgaba afuera, dentro estaría el pañol. La cosa era simple. Primero subir abordo, luego encontrar la cadena. El resto era pan comido.

¿Debía tratar de hacerlo? Mejor esperar un poco más. Empezó a contar y cuando llegara a mil, subiría abordo. Las estrellas lucían dispersas en el cielo. El velero se levantó por sobre el húmedo aire y, próximo a él, la chimenea de un vapor surgió entre los grandes bultos de alcornoque. Recordó al guardián. Tal vez, después de todo, podría despertar de su borrachera y entonces sería demasiado tarde. Precisaba actuar ¡y de inmediato!

Se arrastró hacia la planchada. Desde allí podía apreciar toda la cubierta. No había luces encendidas. Cuando notó que la proa del barco estaba a no más de seis pies por sobre el agua, se acordó de la alta proa del barco de vapor de la línea de East India, el cual había visto descargando té. Un barco como ése podría realizar viajes más largos y también contaría con un pañol. Sin embargo, tendría que haber un marino de guardia. Y ningún Martín para traerle una botella

y hacerlo dormir, como era el caso. De todas maneras no había tiempo para especular sobre ello. Llegó a cubierta, y se dio cuenta que no era fácil hallar el camino. Visto el velero desde tierra, la cosa parecía simple. Una vez abordo, el asunto era diferente. La blanca y restregada superficie brillaba entre la bruma. Los crujientes mástiles con su enredado aparejo lucían siniestros, monstruosos y pensó que podría quedar atrapado en esa desconcertante telaraña.

No se oía ningún sonido en el barco.

Se paró ante una negra entrada precedida por un sonoro ronquido. Quizás era el guardia y Martín estaría allí con otros marinos. Tenía que pasar de largo y así lo hizo.

Se detuvo en frente de otra sombría abertura. Esta era casi tan ancha como el velero mismo, la cual, sin embargo, se angostaba en este punto. Esto era adelante, adelante cerca de la proa, donde colgaba el ancla, donde estaría el pañol.

Deliberadamente prosiguió hacia la oscura cueva. Era muy baja para mantenerse de pie; necesitaba agachar su cabeza sólo un poco. Al avanzar, golpeó contra algo que cayó en la cubierta y rodó con un pequeño pero escabroso sonido metálico. Se agachó mientras el objeto rodó unos pasos más. Si no hubiese sido porque la peligrosa y brumosa cubierta estaba detrás de él, se habría lanzado hacia la pasarela y un sitio seguro. Pero no era tan fácil, y guardó silencio absoluto.

Nada pasó, el barco permanecía en completa calma.

Cuando se atrevió nuevamente a levantar su cabeza, vio un gran ojo redondo por sobre él, tan grande como su cabeza y otro al costado opuesto.

Era el *pañol*. Las cadenas del ancla resplandecían en las tinieblas. Estirando su mano podía tocar los eslabones. Lo único que tenía que hacer era seguir eslabón por eslabón para llegar al pañol. ¡Allí estaba! La cadena desapareció en el piso. La abertura era tan chica que ni una rata podría

pasar a través de ella. Sin embargo, Achazo era un tipo de anchos hombros con largos brazos. De alguna manera se las había arreglado para bajar. Klaus halló otra entrada por la cual corria la cadena. ¿A otro pañol? Por supuesto, había dos cadenas: debía haber dos pañoles. ¿Cuál era el preciso? Quería esconderse donde estaba el indio; él nunca seria capaz de encontrar la salida de ese negro agujero sin alguna ayuda. ¿Y cuánto tiempo deberia quedarse allí? Ellos hablaron de un viaje de alrededor de tres meses. ¿Dónde conseguiría comida? No había pensado en ello, pero se manifestaba como algo importante en su mente.

Sus ojos se estaban acostumbrando a la oscuridad. Era capaz de distinguir parte de lo que le rodeaba. No muy lejos de donde se arrastró, surgió un bulto cuadrado. Un examen más detenido reveló unos cerrojos de fierro. Era una escotilla con su cubierta y al otro lado había otra similar.

¡Dos pañoles, dos cadenas de anclas! En el otro, los cerrojos no estaban en su lugar. Ese debía ser el que buscaba. Con cautela levantó la cubierta de fierro que chirrió maliciosamente. Pero ya no sentía miedo, pues debajo de él tenía la oscuridad protectora. En seguida se deslizó por la abertura con sus manos agarradas al borde. Entretanto sus piernas cimbreantes buscaban la seguridad de un terreno. No había ninguno.

Cuán profundo es el interior de un barco, pensó. Había leído en alguna parte que podría ser tan hondo como un par de pisos de un edificio. Este recuerdo tuvo un efecto estremecedor. Con gran pánico, trató de subir pero falló. ¡Era más fácil entrar en este hoyo que salir! Tras intentar varias veces, sus músculos comenzaron a flaquear. En uno u otro momento, pensaba que tendría que caer. Furiosamente empezó a balancearse. Entonces de milagro, sus pies golpearon contra algo duro, algo que se movió con el impacto. Fue así que

al sostenerse con una mano, sintió un tintineo metálico bajo sus pies. Era la cadena del ancla. Se soltó con ambas manos. Si hubiese caído en un barril de brea, no habría sido tan oscuro.

Era una negritud tan siniestra que Klaus admitió que no podría permanecer por mucho tiempo en el lugar. Casi estaba contento de haber provocado un gran ruido al caer sobre ella pues alguien, o tal vez toda la tripulación vendría y lo arrastraría hacia fuera. Por un segundo se olvidó de Achazo. Antes que pudiera controlar su miedo y agitación, la inmensa cadena tintineó de nuevo. Una sombra –sentida más que vista– se levantó cerca de él y un gran brazo se dibujó contra el gris cuadrado de la escotilla. Una mano agarró la tapa de la escotilla y la cerró. Entonces se produjo una oscuridad sobre la oscuridad misma.

Apenas respiró.

Otra vez se oyó el campanilleo de los fierros. Hubo un leve susurro y sintió en su cara la respiración de un hombre. Un fósforo se encendió casi en su nariz.

Era Achazo, prendiendo un cigarrillo. Klaus notó la tensión en su mirada, la cual sin embargo, se relajó cuando reconoció al muchacho.

"Vaya, eres tú, hijo, ¿no?" preguntó calmadamente. Le metió un cigarrillo entre los labios y le pasó los fósforos. "No tenemos mucho tiempo para fumar, sólo mientras el finlandés duerme. Después tendremos que conformarnos con aspirarlo o mascarlo."

Klaus rápidamente encendió su cigarrillo.

"Ese maldito hoyo allí, ¿lo ves? La luz pasa a través, por lo que tenemos que ser muy cuidadosos. ¿Qué prefieres, aspirar o mascar el tabaco?"

"Mascarlo, aspirarlo o fumarlo, me da lo mismo", bravuconeó Klaus, inhalando tan profundamente que sus

caras brillaron con la luz del cigarrillo. Luego trató de echar fuera el vasto volumen de humo y casi se ahogó. Pese a sus esfuerzos, no pudo evitar el toser una o dos veces.

"Cuidado, hijo", musitó Achazo, golpeándole la espalda. "No solo vas a despertar a todo el buque con este ladrido, ¡sino a todo el maldito muelle! Si nos encuentran aquí, ¿adónde crees que iríamos a dar? Al mar, con un pedazo de cadena del ancla alrededor de nuestros cuellos."

La humillación le llegó a lo más íntimo. Después de haber tenido éxito en su entrada, ¡que pasara esto! ¿Qué pensaría Achazo de él? ¿Sería verdad que los tirarían al mar?

"Escucha, pagué para que tuvieras un sitio para dormir esta noche. ¿Por qué no te quedaste allá?"

"Quería embarcarme. No voy a toser otra vez."

"Bueno, ya estás en un barco. Y cuando zarpemos, puedes toser todo lo que quieras."

"Entonces, ¿no nos tirarán al mar?"

"Cuántos años tienes, muchacho?"

"Quince," contestó, agregando un año.

"Y, ¿adónde quieres ir?"

"Me da lo mismo, mientras sea lejos."

"Ya veo. ¿Y qué quieres hacer cuando llegues a ese lugar?"

"No me importa, ¡cualquier cosa!"

"Me temo que naciste un poquito tarde en este mundo para aventuras como ésas. Pero todavía queda algo, como tú me lo estás probando. Bueno, tenemos que ponernos cómodos en este lugar y mantenernos por dos semanas. ¿Trajiste una frazada?"

"No."

"¿Y licor?"

"No."

"La embarraste. Podrías haber conseguido algo por el dinero que le di al cantinero. Ese viejo ladrón habría estado contento de darte algo para deshacerse de ti. En fin, veremos qué se puede hacer."

Achazo descansaba en una especie de saco. Movió algunos de los eslabones e hizo un sitio para Klaus al lado de él. "Puedes sacarte los zapatos y ponerlos debajo de tu cabeza como almohada. Sácate la chaqueta y envuelve tus pies con ella. Tengo una frazada lo suficientemente grande para los dos. Luego nos acostaremos pero no para dormir, hijo. Yo no, por lo menos."

Klaus no entendió la última parte, pero muy pronto encontró su significado. A la mañana siguiente para ser exacto. Por el momento, no se preocupó más. Siguió las instrucciones de Achazo, más reconfortado y abrigado que nunca desde la noche que dejó su casa. El extraño marino se recostó junto a él y no dijo ni una palabra. Sólo cuando se agitó un poco, el muchacho sintió sus acerados músculos.

2

¿Era un sueño estrepitoso o la retumbante realidad del rugiente fierro cuyo sonido llenaba el estrecho lugar? Klaus fue lanzado a lo largo de la escotilla. Una gran mano lo sostuvo firmemente y lo puso arriba de un enorme hombro. En su contorno la oscuridad se movía y chocaba; lo ensordeció un coro metálico, desarticulado.

Poco a poco superó el sordo estupor y se dio cuenta de lo que acontecía alrededor suyo. Estaba colgado de la espalda de Achazo quien daba saltos para atrás y adelante. Su mano asía las muñecas de Klaus bajo su mentón y la cara del joven quedaba presionada en la frazada sobre la espalda de Achazo. El trueno empezó a disminuir, confundiéndose con un ruido fugaz e incoherente. Luego vino el espaciado sonido metálico de los eslabones que se asentaban. ¡Sí, había sido la cadena del ancla!

Achazo sostuvo a Klaus hasta que la cadena no se movió más. Entonces lo soltó y se sentó para descansar, respirando pesadamente.

"¡La cadena!" pudo murmurar apenas. Y una vez que recuperó su respiración explicó, "Hemos tenido la suerte de no morir. ¡Dejaron caer el ancla!"

Klaus reaccionó. El pañol de la cadena era mucho más profundo, el doble de la altura de un hombre. Achazo debió arreglárselas mañosamente mientras la poderosa cadena caía al mar, evitando los golpes y el enrededarse en ella, ¡y con Klaus en sus espaldas! Todo sucedió tan rápido que, despierto de su profundo sueño, había visto únicamente las convulsiones finales y escuchado el enloquecedor ruido de la cadena voladora. Pero lo que esto significaba, de qué destino había escapado, todavía no estaba claro para él.

"¿Es de día ya?"

"Es mediodía. Hemos estado en este agujero doce horas. Te has perdido el desayuno; se fue convertido en papilla. Albóndigas y huevos duros, suficiente para una semana o más."

Klaus se agachó para tomar su chaqueta. La mitad delantera y una manga ya no estaban. Una de sus zapatillas, tampoco, y la otra partida en dos. Le dio una mirada a lo que le quedaba y tornó hacia Achazo.

"Sí, es una lástima, el otro zapato se fue por ese agujero. Y si no hubiéramos estado pendientes, hijo, tu cabeza podría haberse ido con él, y quizás un brazo. Una vez que la cadena sale por el *ojo de pase*, va por el *molinete* y de allí al mar. El Viejo no habría tenido que leer los servicios de entierro por ti, te habrían lavado con manguera. 'Debe haber sido una gran rata,' habría dicho el encargado de manguerearte."

Se sintió tembloroso. Recién se enteró del poder destructivo de la negra cadena.

Experimentó imaginativamente algunas de las sensaciones de tener cortada la cabeza, o de ser lanzado a través de los dientes del molinete. Y había considerado primero irse de pavo, ¡en el vapor de la East India! Además había especulado sobre el pañol de la cadena. Recordó

que el día anterior, desde el muelle había notado los gigantescos eslabones, el doble del ancho de su cuerpo.

"Sí," continuó Achazo, "aquí abajo, debes mantener los ojos abiertos. De otra manera, ¡te fregaste! Pero me gustaría saber por qué anclamos."

Klaus no se había dado cuenta antes. Por supuesto, la cadena había salido afuera. Habían anclado. ¿Por qué?

"¿Por qué la cadena no entró donde estábamos en el pañol cuando dejamos los muelles?" preguntó. Achazo le explicó que el ancla no estaba en el mar. Los barcos no dejan caer el ancla en los muelles, pues son amarrados con gruesos cabos a las *bitas* en tierra. Ya hacía horas desde que las bitas del *Cap Finisterre*, que era el nombre del velero de tres mástiles, las habían desatado y dejado libre. Había navegado por el río cuando, por alguna razón u otra, probablemente había anclado en el estuario.

Pronto encontraron la razón. Alguien tocó en el portalón, dos golpes cortos y uno largo. Era Martín. Achazo subió y contestó. Entonces Martín otra vez golpeó a intervalos regulares. Cuando terminó, Achazo descendió nuevamente.

"Fue la neblina." Luego de una pausa agregó, "¿Sabe jugar a los naipes?"

Klaus no era de aquéllos que podía admitir la falta de conocimiento de algo. "Hace mucho tiempo que no juego, temo que me haya olvidado."

"Bueno, yo también, tal vez no vale la pena empezar a aprender de nuevo. Hay mejores maneras de matar el tiempo."

Su conversación fue interrumpida por el sonido de voces en cubierta cerca del portalón de la escotilla. Escucharon al viejo Martín, "¡Está bien! Yo me cuidaré de ello, Lindnaes. No hay suficiente espacio para los dos allá abajo en el pañol."

"Pero la cadena es bastante pesada."

"Ya me las arreglo. Se necesitan todos los brazos en el cabrestante."

"Bueno, si tú lo dices."

La cubierta del pañol fue alzada. Las botas de mar de Martín aparecieron en la escalera de fierro. Por un momento se paró allí, luego levantó su lámpara por sobre el borde y bajó. Al llegar abajo, preguntó, "Y, ¿todo está bien?"

"Sí, excepto las albóndigas..."

Achazo observaba a Martín quien miraba fijamente hasta que vio al joven. Al rato continuó.

"Sí, las albóndigas se fueron. Y este muchacho apareció por estos lados. Estaba aburrido en su casa, por lo que pensó que debía venir con nosotros para ver el mundo."

"Macanudo, ¡dos pavos! ¡Oh, Señor, esto va a ser divertido! ¡Cuando se encuentren con el Viejo..! Bueno, la neblina ya levantó y estaremos levando anclas."

Y en dos o tres minutos la cadena empezó a crujir. Esta vez, bajó lentamente al pañol, eslabón por eslabón. Arriba, patadas y gritos. "El Viejo no usó el *winche* del cabrestante," gruñó Martín. "Ya pueden ver lo amarrete que es; está ahorrando combustible. La energía del hombre es más barata. Y tiene tiempo de sobra, pues la neblina no ha aclarado del todo. Hay doce brazas de cadena, eso quiere decir dos horas de trabajo."

Había traído un gancho. Con él, arregló la cadena en largos iguales. Achazo lo liberó de esta tarea sólo cuando trabajó debajo del portalón el cual Martín tuvo que dejar abierto.

Arriba los hombres comenzaron a cantar para aliviar su monótona labor. Lo hacían ruidosamente y a veces las palabras llegaban al pañol. Acompañado del canto, el pesado

cadenaje subía a cubierta. Eslabón a eslabón la cadena entró. El pañol se llenó de nuevo hasta la mitad. Achazo se preocupó de arrumarla para dejarle suficiente espacio a ambos. La apiló en dos esquinas para improvisar un par de asientos con duros espaldares y brazos.

"Tendremos que quedarnos aquí hasta que estemos en el Canal de la Mancha o hasta que hayamos pasado las Islas Sorlingas."

De repente el trabajo fue interrumpido. Una desgreñada cabeza se metió por la abertura de la escotilla. Afortunadamente, Achazo había oído al hombre aproximándose y presionó a Klaus contra la muralla. Al momento Martín asomó su cabeza para que el otro tuviese que retirar la suya. Era el marino que había venido antes con Martín, el que había entonado los primeros versos del canto.

"¿Cómo van las cosas, Martín? ¿Está bien estibada la cadena?"

"¡Mejor no podría estar! No es nada del otro mundo con una cadena liviana como ésta."

"Muy bien, sigue entonces, ya no hay mucho que hacer. El ancla ya está a la vista. Y la neblina ha aflojado."

Cuando se hubo ido, Martín explicó, "Ese es Lindnaes, el finlandés. ¡Caramba, esta mañana estaba de perros!"

La maniobra terminó pronto. El ancla chocó contra el costado del velero. Hubo ruidos de pisadas, carreras y gritos en cubierta. Martín subió con su gancho y lámpara. Luego dejó caer un par de cortos tablones. Más tarde les trajo un pedazo de una vela vieja y una lámpara. Había pintado con brea tres lados de ella para evitar su luminosidad. Fue al pañol para probar si la luz se podía ver desde la cubierta. Funcionó a la perfección.

"Les traigo algo de té a las seis campanadas," aseguró cerrando la escotilla. Arriba estaban izando las velas.

El velero se inclinó levemente a un costado. Podían oír el golpeteo del mar en la proa cuando empezó a navegar y ambos se alegraron ante el maravilloso sonido. El escondite lucía casi acogedor. Achazo había cubierto la superficie de la cadena con el trozo de vela. Luego había colocado los tablones de tal manera que parecían una especie de mesa entre la ruma de cadenas. En el momento que sonó la campana, había completado los arreglos. Sintieron tres toques dobles, seis campanadas. Eran casi las siete campanadas, cuando Martín finalmente apareció. Les pasó un tarro con té y un plato de comida caliente.

"El viento nos está acompañando. Estamos navegando a buena velocidad. No los puedo visitar hasta mañana al atardecer, a las ocho campanadas."

Cuando tiempo después, Klaus recordaba su viaje en el *Cap Finisterre* eran esas primeras horas en el pañol las que le parecían más placenteras. Pero sólo las primeras. Esa tarde había aprendido un montón con respecto al viaje y el país hacia el cual viajaban. Después de haber comido -era un guisado de pescado salado, papas y galletas- Achazo encendió su pipa.

Al poco rato el cubículo con sus murallas alquitranadas y su piso desnivelado, cubierto con el trozo de vela, desapareció. Klaus sólo pudo ver un pedazo de pared iluminado con el rayo de luz de la lámpara. Achazo tenía bastante tiza en su bolsillo y ese pedazo de pared servía como pizarrón cuando quería mostrarle detalles del viaje: las costas, corrientes del océano y vientos. Se sentaron acompañados por el halo de humo azul de la pipa. Podían oír el golpe del mar al hundir el velero su proa y cortar las

aguas. Luego vino el borboteo de ellas al fluir por sus costados. Aunque el sitio olía a brea, el aroma más fuerte era el del tabaco. Achazo le permitió al muchacho darle una chupada a la pipa y esta vez tuvo cuidado de hacerlo con moderación.

"¿Es tabaco de La Habana?" preguntó como un experto. Y agregó cuando Achazo negó con su cabeza, "Bueno, éste debe ser de Sumatra o tal vez Borneo." Recordaba las distintas variedades que preferían los amigos de su padre en los viejos tiempos.

Achazo le explicó que no era ni el uno ni el otro, sino una mezcla de dos o tres y que la mejor clase de tabaco nunca era mejor que cuando se mezclaba con otros. "Y eso no sólo es verdad con el tabaco, sino con la gente también."

Esto no estaba de acuerdo con lo que a Klaus le habían enseñado en la escuela. De repente vio ante de él, la pálida y estrecha cara de su profesor de historia quien siempre había insistido que la caída de las naciones era causada por la mezcla de razas. En consecuencia no se atrevió a aventurar una opinión sobre el asunto. En el humo que salía finamente de los labios de Achazo formando pequeñas nubes celestes, pensó que podía distinguir la opalescente neblina del tabaco cubano, del profundo azul que produce el de Java en los Mares del Sur. Seguramente esas masas pesadas de humo que brotaban al fumar, ¿habían cogido el color de las noches tropicales de Sumatra?

"¿Pasaremos Sumatra?"

Achazo movió su cabeza.

"¿Borneo, entonces?

"No. Vamos a Atahualpa."

"¿Y, dónde queda eso?"

"En la Costa Oeste."

Klaus descubrió que cuando un marino hablaba de la Costa Oeste quería decir la Costa Oeste de Norte o

Sudamérica. Se dirigían a Chile. No había muchos veleros haciendo este tipo de viajes, comentó Achazo. El principal tráfico marítimo con la Costa Oeste lo realizaban los vapores a través del Canal de Panamá.

"Es el Canal el que casi ha puesto fin a los veleros."

"¿Qué producen en Atahualpa, tabaco o café?"

"No. Atahualpa y todo lo que lo rodea es desierto. Aun la arena está llena de saltpetre o salitre que es muy valioso. Se parece a la sal y es utilizada en la industria y también como fertilizante, pero principalmente para fabricar pólvora. Y porque muchos países quieren este salitre para ganar dinero con él, todo el lugar es casi un polvorín. Ha explotado un par de veces y un día tal vez desaparezca todo en el aire."

"¿Hay indios en Atahualpa?"

"Hoy en día, no tantos."

"Usted lo es, ¿no?"

"Sí, soy araucano, mapuche."

Nunca había oído hablar de araucanos o mapuches. Se desilusionó porque Achazo no era sioux, delaware o mohicano aunque al pensarlo bien, había leído un libro titulado *El Ultimo de los Mohicanos*, lo cual significaba que no quedaría ninguno de ellos. En cambio Achazo parecía no saber mucho de las tribus que Klaus mencionó.

"¿Y los mapuches escalpan a sus enemigos?"

Achazo sonrió. Klaus de repente sintió frío y tuvo dificultad con su respiración.

"Puedo pensar en ciertos cueros cabelludos," respondió Achazo con esa permanente y curiosa sonrisa, "que no me molestarían tener. Por ejemplo, no me inquietaría ir por ellos en Nueva York, digamos en Wall Street, durante la hora de almuerzo. Y vi un par bastante tentadores allá en Hamburgo antes de que zarpáramos."

Klaus se preguntó inquietamente si no sería ésa la razón por la cual este indio de la Costa Oeste había venido a Hamburgo, ¡por cueros cabelludos! ¿Era por eso que había aprendido alemán?

"¿Dónde aprendió alemán?"

"Lo aprendí trabajando en los barcos. Es un idioma útil. También lo puedo leer y hay algunos buenos libros en alemán."

"¿Habla de Karl May? El ha escrito algunos de aventuras."

"No, hablo de Karl Marx."

"¿Muchos indios araucanos se hacen a la mar?"

"Creo que los araucanos y otros chilenos son los únicos sudamericanos que realmente se hacen a la mar en gran número."

Estaba desalentado acerca del asunto de los cueros cabelludos, aunque se había sentido un poco nervioso en algún momento. Tal vez había entendido mal a Achazo. Y más fue su desencanto cuando supo que los *mapuches*, que vivían en el sur de Chile, se dedicaban a trabajos agrícolas. Eran *hombres de la tierra* como le explicó Achazo. Los hombres laboraban como peones o inquilinos. Achazo le explicó que eran casi esclavos.

"Pero lucharon por mucho tiempo y aún hoy en día siguen luchando."

"¿Contra quién?"

"Los latifundistas."

"Ya veo. Y cuando los cogen, supongo que les cortan ¡aquí!" Klaus señaló los lugares en las sienes. Achazo se rió otra vez, pero con una sonrisa común.

"¿Has escuchado alguna vez de algo llamado capitalismo?"

"Sí, pero es algo muy diferente."

"¿Y de la lucha contra el fascismo?"

"¡Por supuesto que sí!" Klaus repentinamente recordó a su padre y la tarde terrible. Otra vez su memoria se deslizó temerosa de su mente y de las dudas que entonces surgieron.

"Pero los mapuches, ¿qué hay de sus luchas?"

"Bueno, primero los incas en los viejos tiempos trataron de quitarnos nuestra libertad, pero no lo lograron. Y luego llegaron los españoles. Nunca nos rendimos a ellos tampoco. El capitalismo nos ha golpeado, ¡pero vamos a seguir con nuestra lucha!"

Klaus calculó que pronto vería a estos indios personalmente y sabría todo sobre ellos: por qué luchaban contra el capitalismo y por qué querían cueros cabelludos de Wall Street, fuera esto lo que fuese, y quizás por qué se embarcaban en viajes secretos como este araucano aquí abajo en el pañol.

"¿Cuándo cree que llegaremos a Atahualpa?"

"Con suerte, en unos cien días o tal vez menos. O tal vez más. Estamos en el mar del Norte. Luego pasaremos por el Canal de la Mancha y fijaremos rumbo al sur. Después que pasemos los Cuarentas nos vamos a encontrar con los Vientos Alisios que nos llevarán lejos, a la zona ecuatorial."

Klaus pensó que realmente había mucho más de lo que él imaginaba con respecto a este asunto de navegar. Achazo sacó un trozo de tiza de su bolsillo y empezó a trazar en la pared los contornos de continentes que bordean el Atlántico Norte y Sudamérica en la costa oeste del océano. Situó a Europa y Africa en el lado Este. Luego dibujó la ruta que debía seguir el *Cap Finisterre* con una línea curva a través y bajo el Atlántico, en seguida hacia el sur, el punto extremo de Sudamérica y luego arriba hacia el Pacífico.

"¿Qué es la zona ecuatorial? ¿Y por qué el velero no navega derecho en vez de hacer esa curva tan ancha? Y por qué no vamos por el Canal de Panamá?"

"Aguántate un poco, hijo, una pregunta a la vez, si no, no termino nunca. Antes que nada, no vamos por el Canal porque el derecho que se paga es muy alto y sólo obtienes ganancia de un velero cuando lo trabajas con gastos mínimos. Ya te voy a mostrar más tarde por qué hacemos esta gran curva. En cuanto a lo ecuatorial, veamos." Achazo dibujó un ancho cinturón, siguiendo el ecuador. "Aquí está. Llueve día tras día, sin parar. El sol no da más luz que esta lámpara. Pero hace calor y la lluvia es caliente también. ¿Y cuánta agua cae, crees tú, con toda esta lluvia?"

"Debe ser un montón."

"Suficiente para llenar este barco hasta las bordas en un par de horas, si no fuese porque está bien protegido y las amuras. Y la lluvia cae a lo largo del Atlántico en un cinturón de millas de ancho. ¿Adónde crees tú que va a dar esta agua?"

"Al mar, por supuesto."

"Seguro, al mar. Y allí comienza a moverse, igual que un río. Como un gran río y más ancho que cualquier río en el mundo. Las corrientes van a lo largo de la línea ecuatorial y desembocan en el Mar Caribe y el Golfo de México. En el Estrecho de Florida, de donde fluye nuevamente, viaja a cinco millas por hora. La corriente lava toda la costa de Norte América y luego se dirige hacia Europa, tan lejos como Islandia y Groenlandia. Una parte de esta corriente va a Noruega y de allí a Murmansk. Por supuesto, también reciben algo Francia y España."

"¡Pero ésa es la corriente del Golfo!"

"Exactamente. Y se convierte en helada en el Norte y luego vuelve a seguir su curso a lo largo de las costas de África.

tan lejos como la línea ecuatorial, ¡y eso completa el círculo! ¿Entiendes por qué tenemos que hacer esta gran curva?"

"¡Viajamos con la corriente del Golfo!"

"¡Eso es! Y luego también nos enfrentamos con los Vientos Alisios. Son vientos consistentes y suaves que soplan a lo largo de los cuarenta grados de latitud, los Cuarentas, todo el tiempo en la popa del velero. ¿Te das cuenta? Hay dos cosas que nos llevan si vamos de esta manera, la corriente y los alisios."

Las grandes dudas se habían desvanecido. Esos diagramas en la muralla significaban el mundo y las fuerzas que decidían las rutas de los navegantes.

"¿Tendremos tormentas en el viaje?"

"Sí, y tal vez un huracán. Más al sur, un pampero quizás. ¡Y apróntate, cuando estemos rodeando el Cabo de Hornos! Pero eso ocurre todo el tiempo y en todo el mundo. Los vientos normales que cubren la Tierra como una red, con esos tú puedes lidiar. En cambio con un pampero, un tifón, o un nortazo, la cosa es diferente: no se pueden anticipar. Rompen de repente de un cielo despejado. No duran mucho. Tal vez unas veinticuatro horas o un par de días y todo termina."

De esta manera Klaus conoció un nuevo mundo el cual era regido por fuerzas extrañas, fuerzas que preservaban en sí una especie de balance de poder, aunque este equilibrio a veces fuera alterado por algunos disturbios terribles.

Hubo un templado golpe de agua y el velero se deslizó suavemente por sobre las olas. En ocasiones podían oír a los hombres de guardia cuando venían a apuntalar las velas.

"¡Eh-eh-eh! ¡Oh-oh-oh!" cantaban, o "¡Ceñir las brazas!"

Primero la voz de Lindnaes o del guardia y luego la de los otros, contestando. Achazo dijo que Lindnaes era lo que

en los barcos alemanes llamaban el Jefe. Algo parecido a como lo denominaban en los barcos ingleses, aunque no era lo mismo. Transcurrieron dos turnos de guardia cada cuatro horas. La campana sonaba cada media hora. Desde el final del velero provenía tan queda y delicada como si fuera una gota de plata. En seguida venía la respuesta de la otra campana, un sonido oscuro, fuerte que resonaba por todo el barco. El primer repique llegaba de la popa en frente del timonel, mientras que el otro procedía de la cubierta de proa a cargo del marino de guardia. Y cada vez que lo hacía, gritaba, "The lights are on, shining. All is well !"

Klaus preguntó por qué el guardia usaba el inglés. Por seguro el velero no lo era. ¿No? "No, es alemán," respondió Achazo. "Pero hay abordo una mezcla, por eso hablan inglés cuando trabajan. Me parece que nuestra lámpara ya no da más. Debemos acomodarnos antes que se apague. Tenemos harto tiempo para dormir y mantener nuestras fuerzas, y vamos a necesitarlas cuando nos arrastremos fuera de aquí. ¿Sabes algo de boxeo?"

"¡Por supuesto! Sólo que si el otro tipo es más grande que yo..."

"Bueno, ¿que tal el capitán?"

"No... En ese caso, no estoy seguro."

"Pero, suponiendo que es el Viejo..."

"Pucha, no sé, no puedo decir. ¿Cómo voy a pelear con el capitán?"

"Veremos, veremos."

3

Monótonamente transcurrieron los días. Cada tarde y medianoche Martín abría la escotilla para bajarles té y algo de comida. En las noches disminuía la ración. Era la única diferencia. De otra manera los días se sucedían rutinariamente para los dos polizones en el pañol del ancla.

El mar ya no estaba tan tranquilo. El movimiento de la proa, el caer y levantarse, era más pronunciado y continuo. Klaus se puso taciturno. Achazo permanecía abstraído con un diagrama que había dibujado en la pared. Dedicaba toda su atención a la costa oeste, hacia donde iban navegando. El muchacho notó que su preocupación no era con el extremo sur de Chile donde vivía su gente, los mapuches, sino con la parte norte de la costa. Achazo empezó a poner puntos con figuras y nombres de los pueblos en la línea de la costa y en el interior del litoral. Allí estaba Atahualpa y apelativos que Klaus había oído mencionar en la cervecería de Hamburgo: Antonio e Iquique. A éstos agregó Santa Lucía, La Coruña, Caleta Vieja y Valparaíso. Caleta Vieja parecía ser particularmente importante. Achazo escribió en ella gruesas letras y de allí radiaban líneas en varias direcciones. Klaus preguntó si ésa era la capital de Chile.

"No, no," replicó Achazo. "No tiene ninguna importancia." Rápidamente borró el nombre del lugar, junto con los tentáculos. Luego siguió con su bosquejo.

Klaus estaba acostado. Pensó que debía ser medianoche. Los gritos de los hombres en cubierta, controlando las velas, sonaban más débiles que de costumbre. Sin embargo, podía sentir muchos otros sonidos, profundos crujidos y quejidos. Provenían de la tensión de la arboladura en los mástiles. Las olas comenzaron a chocar más fuerte en los costados y la vibración recorría las sentinas. Con cada hora, el velero hundía más su proa. Le parecía a Klaus que el pañol semejaba una caja de fósforos en las manos de un irritado gigante. ¡Y ellos eran dos fósforos! Continua y abruptamente el piso debajo de ellos se levantaba y bajaba. Cuando la proa subía por sobre las olas, toda la estructura temblaba y quedaba convulsa. En acto de simpatía, su estómago también se sentía convulso. Luego cuando la nariz del velero descendía, era como si hubiese dejado su estómago en el aire. Afortunadamente tenían con ellos un tarro de aluminio destinado para otros e igualmente indispensables propósitos.

Se recostó por horas con su cabeza cerca del tarro. ¿O fue por días? Un par de días, calculó, pues Martín vino dos veces en el intervalo. En la primera, les informó que el *Cap Finisterre* cruzaba el Canal de la Mancha. Y en la segunda dijo, "Hay un viento noroeste soplando y estamos haciendo buen tiempo, doce nudos ya, y pasamos a un vapor. Los muchachos fueron a la cubierta de proa y sostuvieron un cabo. Lindnaes les gritó, ¡si querían ser remolcados!"

Esto era algo nuevo para Klaus, que un velero pudiese viajar más rápido que un barco de vapor, y en otra ocasión habría hecho muchas preguntas. En el momento, sin

embargo, nada le interesaba. No podía comer y sólo quería estar agachado abajo, más abajo en las profundidades del barco. Nunca el concepto de tierra, cualquier tipo de tierra, le parecía más atrayente. De todos modos, Achazo mostraba gran interés en cualquier detalle conectado con el velero. Por sobre todo, le regocijaba las millas que habían avanzado.

"¡Mucho mejor!" exclamó cuando Martín se lo comunicó. "¡Mucho mejor! Aquí me estoy poniendo tieso, agarrotado. Y el chiporro, ¡no ha dicho ni una sola palabra en todo el día! Ya es tiempo que salgamos de aquí a respirar el aire fresco de afuera."

La próxima vez que Martín vino, bajó y pasó media hora con ellos. Achazo aprovechó la visita para preguntar cosas relativas al navío. Sobre el capitán, sus camaradas y la tripulación también, ¿eran todos miembros de la Unión Nacional de Mercantes o había muchos abordo que no lo eran? Martín respondió con su usual laconismo. "El Viejo, bueno...! Y el piloto, no es tan malo. Te las puedes arreglar con él cuando está sobrio. Y el Viejo lo mantiene controlado. El segundo de abordo es diferente, es duro. Disciplinario. Le gustaría hacer del buque uno de guerra, no del viejo casco, sino de la tripulación. Esa es su idea..."

"Oh, un nazi, ¿eh? ¿Y el capitán también?"

"Sí, un nazi, eso es lo que es, pero él no tiene la voz cantante abordo. En cuanto al Viejo, él no se preocupa de esas cosas. Claro que es un explotador. En cuanto pone sus manos en algo, estruja lo más que puede. Pero le gusta un trago de ron y es también un viejo putero. Me acuerdo que una vez, cuando estábamos en Antofagasta..."

"¿Y la tripulación?" interrumpió Achazo.

"La tripulación, bueno, ése es el problema. Uno de ellos, un holandés, se llama Jaap. Es miembro de la Unión.

Pero todos los demás no lo son. La mayoría son jóvenes. Hay un sueco, dos finlandeses, bueno, conmigo tres, y nuestro jefe, Lindnaes, es también finlandés. Tuvimos un lío por esa cosa allí." Martín señaló el tarro de aluminio que habían estado usando desde que empezó el viaje. "Lindnaes preguntó por qué desapareció el tarro y culpó a Hannes. Casi se me había olvidado: es el muchachito de Hamburgo. Así es que él recibió la pateadura. No pude hacer nada. Lindnaes es muy fuerte para mí y a mi edad..."

Entonces Martín volvió una mirada inquisidora hacia el mapa en la pared.

Achazo explicó, "Es una especie de diagrama de las áreas que producen materia prima, con los países que se la están llevando. Aquí arriba en el Norte, ves, está la pampa salitrera, los ingleses y los alemanes son fuertes allí. Pero desde que Carlos Ibáñez se convirtió en dictador y obtuvo dinero de los yanquis para su 'Plan de Seis Años,' las cosas han pasado a mano de los americanos."

"Es lo mismo para los trabajadores," notó Martín, "ya sean explotados por capitalistas ingleses, alemanes o americanos."

"Es lo mismo, pero no es lo mismo," opinó Achazo. "Y lo puedes ver en Chile. Desde que tienen una dictadura fascista y han entregado el salitre a los piratas de Wall Street, los trabajadores chilenos han soportado primero a sus explotadores inmediatos y luego, encima de todo, a los financistas americanos. El peso no se ha doblado, sino triplicado o más."

"Ya, así es," confirmó Martín. "Y cada vez va de mal en peor."

Los dos prosiguieron hablando sobre el asunto. Klaus escuchó parte de él. Era el primer día que su cabeza estaba más despejada. Veinticuatro horas después, Martín una vez

también estaba embreado con la pegajosa substancia que cubría las paredes.

Al terminar su aseo, se preocuparon de la ropa. Klaus era el que lucía en peores condiciones. Una de sus zapatillas, perdida. La suela de la otra, suelta. Achazo la reparó con una *pita* para que no chancleteara. Más difícil fue la labor con la chaqueta: una manga ida, con casi la mitad del resto. Achazo le hizo una correa de un pedazo de la vela con la cual pudo sujetar lo poco que poseía de vestimenta.

"Párate, date vuelta y déjame mirarte. ¡No estás tan mal! Mientras el Viejo no lo note, para que no conjeture qué pasó en el pañol con estos dos *bichicumas* cuando anclaron. Tuvimos suerte esa vez. Somos una pareja de miserables polizones, pero no queremos que por eso nos quiebren los huesos, ¿no, muchacho?"

"Así es," murmuró dudosamente Klaus. "¿Pero qué fue lo que dijiste antes sobre boxear, no sería mejor no pelear con el capitán? Podemos explicárselo todo, ¿no?"

"¡*De acordeón*! Le podemos decir que estábamos paseando por los muelles hace un par de semanas y nos dimos cuenta que su barco se veía flotar muy por debajo de la línea de agua y entonces, pensamos que algo no estaba bien y que sería mejor darle una mirada, inspeccionar el barco. Y cuando nos perdimos por la oscuridad, ¡nos caímos en el pañol de la cadena del ancla! Ya que hemos encontrado nuestro camino de vuelta, queremos que nos deje en tierra, ¡inmediatamente!"

"¡Pucha, no, en tierra no!"

"¡Veo que has recuperado tu salud y tu gusto por viajar! Okey, entonces vamos a decirle que queríamos ver algo del mundo, por lo tanto, capitán, déjenos viajar por un rato en este viejo y horrible velero."

"Sería mejor no decir eso último." Klaus no se sentía

en lo más mínimo con ganas de enfrentarse con el Viejo.

"Tal vez lo mejor que podemos hacer es no decir nada y dejar que el Viejo hable. Tendrá bastante que decir, ¡me imagino! En todo caso, no puede evitar el tener que llevarnos con él, pues ya estamos demasiado lejos de la costa. El velero no arribará a puerto hasta que lleguemos a Atahualpa. ¿Qué más puede hacer? Puede tirarnos por la borda."

"No, eso no es verdad," acotó Klaus, aunque con un timbre de duda en su voz.

La decisión fue mantenerse tranquilos y aguantar el temporal cuando tuviesen su encuentro con el mandamás del barco.

El próximo día después del toque de las ocho campanadas, Achazo ascendió la escalera, levantó el portalón y salió. Se inclinó para ayudar a Klaus. Empezaron a caminar. No había nadie en la proa ni en la cubierta.

Klaus se dio cuenta de la existencia de su corazón. Estaba bombeando fuerte. La luz del día casi lo enceguecío, y no tenía tiempo para mirarse a sí mismo ni para hacer las preguntas que brotaban de su mente. El par había andado algunos pasos cuando tropezaron con el primer ser humano. Un tipo grandote y peludo había salido del castillo de proa, ese lugar oscuro en que Klaus se refugió la noche que vino a abordo. Fumaba una pipa. Si Klaus y Achazo hubiesen sido dos monstruos marinos, el susto no habría sido tan grande. Sacó la pipa de sus labios y quedó con la boca abierta. Con su manaza, se rascó la cabellera.

"¡Buenos días!" le saludó Achazo en forma alegre y casual. El hombre siguió con la mirada fija. Achazo trató de nuevo.

"Buenos días, compañero," repitió alentándolo. La

quijada se cerró. Por un momento musitó algo inaudible. Luego pudo pronunciar una frase.

"¿Quién es compañero tuyo? ¡Huevón!" vociferó. Se dio vuelta y gritó hacia el castillo de proa, "¡Ey! Hay un par de huevones aquí. Sí, ¡dos nuevos!"

Achazo y Klaus reconocieron la voz de Lindnaes, el jefe de cubierta.

"Un caballero muy amable, como puedes darte cuenta," murmuró Achazo y prosiguió su marcha. Pasada la cubierta de proa se alzaba un mástil inclinado hacia el cielo entre una pirámide de blancas velas y todas ellas infladas con el viento. La arboladura colgaba como cuerdas de acero. Klaus imaginó que podía sentir su canto y prestó poca atención a lo que comentaba Achazo.

"Ese es el palo mayor y esa gran sábana es la vela mayor. Es lo suficientemente amplia para llevar todo el barco hacia adelante por sí misma. ¿No crees?"

Klaus no pensaba en la vela mayor. Percibía algo que estaba sucediendo detrás de él. Se dio vuelta y vio a Lindnaes rodeado por un grupo de hombres, todos inmóviles, mirándolos.

Se sintió mejor cuando Achazo le llevó consigo algunos pasos. Esta vez se paró a su lado.

"Tú nunca has visto el Canal antes, ¿no? Creo que no estamos muy lejos de las Islas Sorlingas. ¡Sí! Allí están. Mira hacia allá, no, ¡allá! Con cuidado..."

Klaus buscó en el inmenso y gris espacio. No podía distinguir nada y aun bajo circunstancias más favorables, difícilmente podría ver tierra. En todo caso, se contentaba con poder fijar la vista a la distancia y tener algo que mirar.

Achazo dio unos pasos hacia el grupo de marinos

quienes se habían aproximado y quedado pendientes de cada uno de sus movimientos.

"Esas son las Sorlingas, ¿no?" No le contestaron. "¡Ah! Un viento noreste, ya veo," continuó alegremente. "Justo lo que necesitamos. Va a durar un par de horas, creo que sí, y luego vamos a estar lejos de las islas."

Pese a su comentario nadie respondió. Achazo elevó los ojos críticamente hacia la arboladura. "Muy bien ceñidas esas velas, ¡buen trabajo! Sí, un buen trabajo. Pero la del trinquete está un poco floja, ¿no es así? Yo creo que la ceñiría un poco más."

Lindnaes se adelantó un paso, amenazadoramente.

"¿Qué es lo que está flojo?"

"El trinquete."

"¿Tú estás diciendo que el trinquete está flojo?"

"Exacto, está flojo."

Lindnaes se dirigió hacia los otros.

"¿Escucharon eso?" rugió. "El dice que está flojo." Se volvió hacia Achazo, "Tú, *¡pelotudo!* Si esa vela está floja, ¡lo estás tú también! ¡Y ya veremos qué hacemos contigo!" Su rugido se confundió con un inarticulado palabrear.

"Yo creo que debemos darles algo de comer," aventuró uno de los marinos, un petizo con una cómica y arrugada cara.

Intervino Martín, "Sí, yo creo lo mismo. Miren, ¡uno de ellos es sólo un niño!"

Lindnaes estaba indeciso. Pero en ese momento algo nuevo ocurrió. El capitán, quien había visto la escena desde el castillo de popa, avanzó. Hasta entonces se había preguntado si todo no era nada más que una alucinación. Se plantó en frente de Achazo.

"¿Qué pasa aquí?"

"Es sobre este niño, señor."

"¿Qué niño? ¿De qué diablos estás hablando? ¿Qué haces aquí, de dónde vienes? ¿Y quién en nombre de Cristo, te dejó subir abordo?"

"Encontré al muchacho en el pañol del ancla, capitán."

"¿Encontraste qué en el pañol? ¿Qué mierda estabas haciendo en mi pañol?"

El capitán acezaba como un perro después de una larga carrera. Su mirada se detuvo en el segundo de abordo quien se agregó al grupo.

"¡Ey! ¡Tú!" gritó. Luego lo pensó por un momento.

"¡Lindnaes, anda y tráeme al piloto! Despiértalo y dile que lo necesito aquí. ¡Rápido!"

El capitán había tomado una decisión, había logrado el control de la situación. Estudiaba fija y escudriñadoramente a Achazo y a Klaus, quien permanecía a su lado con la cabeza gacha.

"No es chiste, capitán," continuó Achazo. "En ese pañol por dos semanas. Especialmente cuando tiraron el ancla. ¡El chico podría haber muerto!, si yo no..."

"¡El chico! ¿Qué te crees que es esto, una guardería infantil? Lo que yo quiero saber es ¿quién eres tú y qué diablos haces abordo de mi barco?"

"Quiero ir a la costa oeste, capitán, eso es todo."

"¡Ah, ya! Eso es todo, sólo a la costa oeste. Y en mi barco, ¡por supuesto! ¿Viene el piloto, Lindnaes?"

"Viene pronto, señor."

"¡Yo te voy a dar la costa oeste! Te pondré en el primer bote pescador que encontremos, ¡junto con este chico tuyo! ¡Y te lanzaremos de cabeza y espero que te quiebres toda la porquería de huesos de tu cuerpo! ¿Entiendes lo que te digo?"

"Sí, señor, entiendo. Pero capitán, si me deja en

Inglaterra, le va a costar cincuenta libras y no es más barato en Francia. Y el muchacho le va a costar tanto como yo, es decir, ¡un total de cien libras! Y tiene que dárselas de inmediato a los pescadores, señor, o no nos van a llevar."

"Esto sí que está bueno, un miserable vagabundo, un polizón, un pavo, un hijo de una vaca que..." El discurso abandonó al capitán en ese momento.

El segundo de abordo se adelantó y empezó a quitarse la chaqueta. Era un tipo bajo, macizo con cara de *bull-dog*. Achazo mantuvo su vista en él, aunque continuó hablando al capitán.

"Soy un viejo marino, señor, he estado en el mar por muchos años. Y quería encontrar un barco que fuera donde quiero ir, pero no pude hallar trabajo. Soy un hombre con experiencia en la caña y no le voy a costar un centavo."

"¡Te pondremos en cadenas!" bufó el capitán.

El piloto había llegado y escuchado la conversación en los últimos minutos. Se sacó la pipa y murmuró algo al oído del capitán.

"No es tan mala la cosa, capitán. Estamos faltos de brazos, como usted sabe, debido a esas malditas medidas económicas. Me parece que podríamos utilizarlo. Tendremos que alimentarlo aunque lo tengamos en cadenas y nada ganamos con ello. En cuanto al otro..." Inspeccionó a Klaus. "Se ve bastante inútil, es verdad, pero lo pondremos en forma. ¡Se va a ganar el puchero también!"

El marino tenía razón y el capitán lo sabía. No obstante esto servía sólo para exasperarlo más. Era una furia dirigida hacia los otros.

"¿Qué hacen aquí parados, boquiabiertos como peces de colores? ¿No tienen nada que hacer? ¿Qué pasa con el trinquete? Hay que afirmarlo bien, ¡Y ahora mismo! ¿Y que

ocurre con su guardia, señor Eberhardt?" Esto iba dirigido al segundo de abordo. "No han hecho su trabajo todavía. Esas velas tienen que ser aparejadas. No han achicado las sentinas. Hay herrumbre que picar y pintar y el aparejo tiene que ser renovado."

Las órdenes no eran suficientes para calmar la furia del capitán. Buscó razón para otra tarea, algo particularmente sucio y disgustante.

"Sí, y la cubierta ¡debe ser pulida otra vez! ¡El día está perfecto para hacerlo! ¡Pónganse a trabajar!"

Luego, con una mirada a Klaus y Achazo, añadió, "¡Denles sus guardias a estos dos hombres!"

"¡La guardia de estribor para tí!" le gritó el piloto a Achazo, y a Klaus, "¡La de babor para ti para que te quedes aquí en cubierta!"

Fue así que Klaus y Achazo llegaron a ser parte de la tripulación del *Cap Finisterre*. El piloto se había favorecido al escoger al araucano para su guardia y haberle dado el novato muchacho al segundo de abordo. Como la guardia de estribor descansaba en ese momento, Achazo pudo ir a arreglar sus cosas para el viaje. Klaus permaneció en su puesto y el segundo lo llevó hacia la proa.

4

Achazo había acertado en su razonamiento: en un par de horas el *Cap Finisterre* navegó tan cerca de las Islas Sorlingas que aun Klaus pudo verlas. Semejaban una masa de roca, gris como el aire, por lo que era difícil adivinar dónde terminaba la tierra y comenzaba el cielo. En todas direcciones, un vacío enorme, y la desolación parecía ser infinita por el alto firmamento del cielo.

Aunque el mar no hubiese estado tan desnudo, Klaus disfrutó de muy poco tiempo para mirar a su alrededor. Cuando fue al castillo de proa, el oficial le entregó un balde de madera. Lo tuvo que llenar con arena y, encima de ella, el marino puso un par de piedras areniscas las cuales servían para pulir la cubierta del barco.

"¿Así es que estabas escondido en el pañol?" preguntó Eberhardt. No esperó respuesta sino continuó, "Durmiendo allí como un señor por dos semanas, sin hacer nada más que comer, ¿eh? Amiguito, se acabaron las vacaciones ¡y vamos a ponernos a trabajar!" Cerró de un golpe el balde de arena. "¿Qué haces parado aquí? Llévatelo a la popa. Y arremángate, escupe en las manos y ponte a limpiar la cubierta! ¡Y que no te vaya a pillar *tirándotelas* por ahí!"

4

Achazo había acertado en su razonamiento: en un par de horas el *Cap Finisterre* navegó tan cerca de las Islas Sorlingas que aun Klaus pudo verlas. Semejaban una masa de roca, gris como el aire, por lo que era difícil adivinar dónde terminaba la tierra y comenzaba el cielo. En todas direcciones, un vacío enorme, y la desolación parecía ser infinita por el alto firmamento del cielo.

Aunque el mar no hubiese estado tan desnudo, Klaus disfrutó de muy poco tiempo para mirar a su alrededor. Cuando fue al castillo de proa, el oficial le entregó un balde de madera. Lo tuvo que llenar con arena y, encima de ella, el marino puso un par de piedras areniscas las cuales servían para pulir la cubierta del barco.

"¿Así es que estabas escondido en el pañol?" preguntó Eberhardt. No esperó respuesta sino continuó, "Durmiendo allí como un señor por dos semanas, sin hacer nada más que comer, ¿eh? Amiguito, se acabaron las vacaciones ¡y vamos a ponernos a trabajar!" Cerró de un golpe el balde de arena. "¿Qué haces parado aquí? Llévatelo a la popa. Y arremángate, escupe en las manos y ponte a limpiar la cubierta! ¡Y que no te vaya a pillar *tirándotelas* por ahí!"

La dura realidad era que Klaus tenía una sola mano que arremangarse y no iba a perder tiempo escupiéndose las manos. La única idea en su cabeza era demostrar que estaba dispuesto a trabajar, y trabajar duro. Pero no habría encontrado la popa, si no fuese por Martín quien se la indicó. Además de éste, había otros dos marinos esperando. Uno de ellos era el petizo con la cara arrugada, Jaap, el holandés; el otro, Hannes, el muchacho de cabina de Hamburgo cuyo nombre Klaus escuchó a Martín. Se agregaba a los tres de la guardia, el sueco que estaba al timón.

Jaap, Hannes y Klaus se arrodillaron. Cada uno tomó una piedra en la mano y empezó vigorosamente a restregar la madera de la cubierta, atrás y adelante, atrás y adelante, partiendo de la popa y siguiendo hacia la proa. Martín desparramaba la arena y además se encargaba de proveerlos con agua, aunque ésta más tarde no se necesitaría.

¡Así que esto era pulir la cubierta! Si sólo las piedras no fuesen tan grandes como un puño, no habría sido tan malo. En realidad, al principio no parecía tan difícil, ¡pero después...!

El restregar con la pesada piedra por horas, siempre agachado, se convertía en una tortura. Y pronto se hizo claro por qué el capitán había decidido que éste era el tiempo propicio para hacerlo. Cada vez que una ráfaga golpeaba las velas y la nave hundía su cabeza en el mar, una ola rompía sobre el costado de la cubierta. Si era verdad que el agua mantenía el piso mojado, también empapaba a los hombres que trabajaban arrodillados. Jaap, Hannes y Martín llevaban puestas sus botas e impermeables de hule, pero Klaus no. De vez en cuando le daba una mirada al tarro para ver si estaba vacío. Cuando así ocurría, iba a llenarlo. En uno de estos viajes tuvo la oportunidad de

apreciar el océano donde ya desaparecían en el horizonte las Islas Sorlingas. Cuando no pudo continuar porque sus manos estaban entumecidas, Martín lo relevó y fue su turno de desparramar la arena.

Al sonar las ocho campanadas terminó su guardia. Quedaron libres para irse a su cabina. Achazo, Lindnaes y los otros dos finlandeses de la guardia de estribor tomaron el lugar de ellos. La cabina se situaba justo delante del palo mayor. Alrededor del pequeño cuarto, había doce camarotes. El resto se completaba con la mesa y dos bancos.

Klaus quedó empapado de pies a cabeza y más hambriento de lo que había estado en mucho tiempo. Tanto apetito sentía que comió antes de desvestirse y secar su cuerpo. Martín le facilitó una camisa y una chaqueta para la guardia de noche. El oficial le informó que pidiera impermeable y botas al encargado del pañol. Su guardia era a las cuatro y debía volver a la correspondiente de seis a ocho. Martín le explicó que todas las otras duraban cuatro horas excepto dos de dos horas, entre cuatro y ocho, llamadas *guardia de perros*. Esto se hacía para permitir a los turnos cambiar y trabajar en diferentes periodos cada día.

Klaus no arregló para sí un camarote aunque había algunos desocupados. Como sólo disponían del pedazo de vela que utilizaron en el pañol, Achazo le dijo que compartiera el suyo ya que pertenecían a distintas guardias. Era el sistema de *cama caliente* utilizado por los obreros del carbón en Chile. Durante su corta guardia, no hubo tiempo para descansar. Por lo tanto cuando regresó después de la segunda, se recostó y se durmió.

Aun así le pareció que apenas había reposado, cuando alguien lo remeció por el hombro, susurrándole, "Vamos, hijo, es hora." Era Achazo. Klaus saltó del camarote. Se puso

la nueva ropa que poseía, el impermeable y las botas. Estuvo listo cuando sonaron las ocho campanadas. En cubierta reinaba la oscuridad. Se movió hacia adelante con los otros en la renegrida y húmeda noche, hacia el *palo de trinquete* con su confuso aparejo, con todas esas cuerdas que llegaban hasta abajo en el puente. Se preguntó cómo diablos se las arreglaría para saber con cuál laborar. No obstante, a pesar de la oscuridad, los otros tripulantes hallaron de inmediato la suya.

Jaap era el primero en la línea. "¡Ya, muchachos!" advirtió y todos tiraron de ellas. "¡Una vez más!" gritó y nuevamente repitieron la operación con todas sus fuerzas. Klaus no tenía idea con cuál cuerda operaban ni a qué estaba amarrada. Todo lo que comprendía era que movía una de esas enormes velas, las que quedaban unas cercas de las otras apenas visibles en la noche. Desde el palo de trinquete, fueron al *palo mayor* y finalmente al de *mesana* que surgía en la popa. Después pudieron disfrutar de un descanso para respirar. Klaus se alegró al darse cuenta de que no había que restregar la cubierta en la noche. Todo lo que había que hacer era cuidar de las velas. Un hombre se hacía cargo de la *caña* o timón, otro de la guardia arriba en la proa, cada uno por una hora para luego ser relevado.

El turno de Klaus se inició con las cuatro campanadas. Se dirigió a la proa para reemplazar a Hannes. "Esa es la Piedra del Obispo, a la popa. No hay ninguna otra cosa a la vista," le indicó.

En la dirección señalada, surgía una luz que brotaba y desaparecía.

"¿Es ésa la Roca del Obispo?"

"Por supuesto, el faro de las Islas Sorlingas. Es una luz potente que se puede ver a larga distancia."

"¿Ese faro allá atrás? ¿Y las islas detrás de él?"

"Sí, 'el faro allá atrás y las islas detrás de él'" lo remedó burlonamente Hannes. Era unas pulgadas más alto que Klaus y tenía a su haber un viaje de seis meses de duración. En comparación, se figuraba un lobo de mar.

"No se dice 'allá atrás.' Así no se habla abordo. Debes decir, 'a la popa.' Te advierto que hemos cambiado de rumbo en la última guardia. Nos estamos dirigiendo al sur-oeste. Mantente alerta y si ves una luz, toca la campana y avisa."

Hannes lo miró sobradamente de arriba abajo, preguntándose cómo una persona como ésa podía ser tripulante y se retiró dejándolo en su guardia. Klaus aún tenía que aprender que el estar de guardia es el acto más contemplativo y sereno en la vida de un marino, en todo caso, con buen tiempo. Unos pasos atrás y otros adelante, se camina meditando en el angosto corredor del castillo de proa o se da una mirada al azulado y negro mundo de las tinieblas. En esta primera noche, sin embargo, se sentía un poco melancólico en la vasta y susurrante oscuridad que lo rodeaba.

Su aguda vista descubrió una luz. No era nada visible, excepto el parpadear del faro de la Roca del Obispo, la última luz europea que vería en el viaje. Francia debía hallarse a la izquierda de él, concluyó, y España un poquito más abajo. La proa se enfrentaba hacia el Océano Atlántico.

Pasó una hora. Klaus tocó seis campanadas en respuesta a la que apenas sonó a popa y había entonado, "¡Las luces están brillantes! Y todo está bien, señor," cuando a estribor, donde América quedaba a siete mil millas de distancia, una luz apareció a la vista. Se veía lejana, al borde del oscuro cielo, y al comienzo la tomó por una

estrella. Pero vino más cerca y creció. Al rato se dio cuenta que era la *luz de tope* de un vapor. Golpeó la campana uno corto, fuerte y con una voz que parecía expirar en la noche, gritó, "¡Luz al costado de estribor, señor!" Y entonces su turno de guardia finalizó.

Justo después de las ocho campanadas, el timonel tocó otra más aguda como señal para despertar a la otra guardia. En unos minutos, la guardia de babor apareció y Klaus y sus compañeros desaparecieron. El amanecer ya estaba en camino. El mar distante y el cielo todavía se unían por las tinieblas, pero las marejadas que golpeaban el velero lentamente adquirían un tono gris. Klaus durmió por tres horas y media. Despertó para el desayuno. Y otra vez a cubierta a refregarla.

Los días transcurrieron. Klaus tuvo la suerte que en el turno de babor estaba Martín, siempre amigable y dispuesto a ayudarlo junto con Jaap, un tipo alegre quien a menudo tocaba el acordeón durante la guardia. En cuanto a Hannes, estaba contentísimo del nuevo recluta, pues con su llegada ya no era el más joven. Siempre utilizaba su dialecto de Hamburgo cuando hablaba con Klaus, ese novato de Berlín, pues conservaba el tradicional desdén de los habitantes del puerto por aquellos que vivían "al interior." Incluso el segundo de abordo, el nazi, no se portaba tan mal como lo había temido Klaus. Era cierto que cada vez que le tocaba su guardia en cubierta o estaba por ir abajo, a la cabina, los hacía formar en fila después de lo cual les gritaba "¡Retirarse!" y su ejército de cuatro hombres y un niño, se dedicaba a lo suyo.

Un día, el oficial se propuso inculcar en Klaus el verdadero espíritu alemán.

"Que no te oiga otra vez entonando en ese maldito inglés cuando estés de guardia. Eres un muchacho alemán.

un muchacho ario, así es que vas a decir en alemán 'Las luces están quemándose,' ¿me escuchas?"

"Sí," contestó no muy convencido.

"Pero el resto lo haces en inglés. Y se dice, 'Sí, señor,' cuando me hables y no solamente 'Sí.' ¿Entendiste?"

Por fin la fregadura de cubierta llegó a su término. Se veía tan blanca como la nieve. Jaap comentó, "Uno pudiera comer su rancho aquí, pero sería una vergüenza ensuciar tan linda cubierta con esa porquería." En todo caso, había otras tareas durante los turnos de día. El agua de la sentina se sacaba con una bomba. El *obenque* y las escaleras de cuerdas para subir a los mástiles eran revisados y embreados cada cierto tiempo. En otras ocasiones a Martín, Jaap y Klaus les entregaban unos martillos puntudos con los que golpeaban para sacar la gruesa herrumbre de los fierros enmohecidos. Después los pintaban y más tarde recibían una segunda mano de pintura. Además tenían que ocuparse del velamen, lo que no era fácil tampoco. Los hombres debían colgarse de las cuerdas con todas sus fuerzas para mover las pesadas velas, onduladas, infladas por el viento. Era un trabajo que no le disgustaba a Klaus.

Le enseñaron cómo se timoneaba. Pronto aprendió a leer el compás para dirigir el curso de la navegación y más tarde, cuando puso sus manos en la caña de mando, descubrió lo que significaba tener el velero bajo su control. Su travesía a lo largo del inconmensurable océano estaba dirigida por él, por su voluntad.

Sur-oeste era la ruta, como se lo ordenó el timonel cuando le entregó su turno. Y al ser reemplazado, "Sur-oeste" le advirtió Klaus al relevo. El viaje prosiguió en esa dirección por cierto tiempo.

Hasta que un día cuando Klaus empuñaba la caña, Achazo fue el marino que lo reemplazó.

"¡Llenas y al viento!" exclamó el mapuche.

Esto era algo nuevo para el joven, por lo que Achom le explicó, "Todo lo que tienes que hacer es observar las velas y ver que estén infladas, llenas de viento. Sólo pueden ondear, flamear un poco en los extremos."

A Klaus le agradaba más que ninguna otra labor, el estar a cargo del timón. Con una mirada ocasional a las velas, se sentía libre de toda preocupación, aunque sus oídos también le avisaban si se había distanciado del viento, pues las velas comenzarían a ondear. Se convirtió en parte del limpio viento y el respirante mar por sobre él. Y en las noches estrelladas, el timonear resultaba aún más fácil. Sólo en ocasiones precisaba consultar el compás, de otro modo lo hacía por una de las miriadas de estrellas. Pasadas unas horas tendría que seleccionar otra para guiarse, porque las estrellas también se mueven de misteriosa manera.

El tiempo se puso más caluroso. Al comienzo las nubes de los vientos alisios parecieron ligeros jinetes en el horizonte, después más grandes, masivas y luego, llevadas por las brisas de estas latitudes, se transformaban en altas torres, en cordilleras, pasando inacabablemente a lo largo del cielo desde el noreste al sur.

Estas nubes eran los heraldos de los alisios del noreste. Vinieron días de generoso sol con azules y susurrantes noches. Los mástiles del *Cap Finisterre* se mantuvieron firmes y las velas parecían reventar como el estómago de hambrientos gigantes. Los días nacían soleados y en la noche, cuando se estaba en cubierta, se requería apenas un liviano pantalón y una camisa de algodón.

Cada día traía lo mismo: el mar, el reinante cielo y la suntuosa procesión de nubes por sobre el horizonte. Sólo la espumosa clavada de la proa seguida por la blanca huella

de la ola, de noche una plateada cinta, servían para recordarles que avanzaban y que su viaje algún día llegaría a su final.

La tripulación, cinco de ellos para cada guardia, había viajado y trabajado por algunas semanas y aún tenía meses por delante. Configuraban una pequeña sociedad forzada en sí misma al aislamiento y entre ellos las imperfecciones que existen en toda sociedad pequeña o grande se notaban mucho más.

Jaap tenía su acordeón que lo ayudaba a pasar el tiempo. Achazo pertenecía a una raza cuyos hombres se acostumbraban a largos períodos de soledad, capaces de estar en silencio y ensimismarse como también explotar frente a los otros. Entre los de la guardia de Klaus, Joergen, el suizo, era el más quieto. La diferencia residía en que quedaba más silencioso y centrado en sí mismo a medida que pasaban los días. Por otro lado, los dos finlandeses en el turno de Achazo se notaban los más locuaces cada día. Parecía ser una necesidad apremiante el tener una larga audiencia para sus conversaciones. Cuando regresaban de la guardia y estaban descansando, describirían con los más mínimos detalles y repeticiones sus aventuras en el último puerto.

"¡En Saint Pauli!" comenzaría Christoph recordando aquellas tardes en el barrio rojo de Hamburgo.

Y su amigo Peter respondería, "Sí, en la calle David, te acuerdas, donde el bar tiene huesos de ballenas en la puerta. Ellas salieron de allí, ¡una con un paraguas...!"

"¡Esa era Molly!" gritaría Christoph.

"Sí, y el nombre de la otra era 'Gramófono', por lo menos así la conocían todos."

"Pero, ¿por qué?" preguntaría Jaap.

"Bueno, porque una vez que empezaba, ¡no terminaba nunca! Y siempre podía poner un nuevo disco."

"Molly es una putita gordita," añadiría Christoph, deseoso de tomar crédito por sus aventuras. Luego la disputa de siempre con respecto a los relativos méritos físicos de estas dos damitas. Así seguirían hasta que alguien se desvestiría y se metiera en su camarote. Y entonces, cuando sus ojos ya estaban por cerrarse, Christoph murmuraría, "¡Oh! Estaba mojado como un estropajo cuando vine abordo."

Bostezando fuertemente, Peter clamaría victoria con la última palabra, "Jesús, en cuanto a mí, ¡todavía puedo sentirlo!"

Luego de lo cual, los dos caballeros formarían un dúo de sonoros ronquidos.

Con sus repetidas historias, los dos jóvenes marinos lograron una creativa y original historia. Las dos damiselas ganaron en belleza y peso; ambos se subscribían a los lugares comunes de la belleza femenina. Tan honesta y constante era lo que narraban a los otros que incluso aquellos escépticos que habían dudado de la existencia de ellas casi sentían la lujuriosa presencia de las mujeres en la cubierta de proa.

Lindnaes también padecía con la monótona existencia. En su caso, los sentimientos buscaban una expresión diferente. Siendo el "Jefe", el darse cuenta de su puesto lo investía con una reserva fría, lejana. Podía sentarse por horas en la mesa sin hablar, o yacer en su camarote, escuchando la conversación de los demás, nunca tomando parte en ella. Algunas veces, repentinamente saltaba de su cama y sin motivo alguno le propinaba una trompada a alguien. Usualmente Klaus o Hannes recibían los golpes, pero en otras ocasiones se dirigía a uno de los adultos. Raras veces sucedían estos arranques. Lo obvio era que el hombre ya llegaba a un alto estado de perturbación causado por alguna tensión interna.

Klaus notaba poco lo que ocurría. Un número de detalles se le escapaban por la simple razón que cuando Peter y Christoph se exasperaban, hablaban en su idioma nativo. Pasaba la mayor parte del tiempo con Hannes y Joergen. Por su inexperiencia, el viaje estaba repleto de novedades. Retenía en la memoria de los días escolares las lecturas de libros de historias y aventuras. Mientras los demás se quejaban de monotonía, al mirar hacia el océano y no ver nada más que la perpetua subida y bajada de las olas grisazuladas, percibía en esa inmensidad el lugar donde se habían adentrado los grandes descubridores, Colón, Vasco de Gama, Magallanes. Como ellos, él esperaba encontrar otro nuevo mundo al final del viaje.

Cuando el velero comenzó a acercarse a la línea ecuatorial, el calor se hizo insoportable en el castillo de proa, a tal extremo que la guardia traía sus colchones a cubierta y allí dormía bajo la vasta pirámide azul blanquizca de las velas. Al ir dejando los vientos alisios, las velas requerían poco *trinque* y los tripulantes disfrutaban de más libertad. A menudo dormían hasta que el oficial llegaba y los insultaba por la tradicional flojera que afectaba a los hombres del gremio.

Una tarde los de ambas guardias permanecían cerca del palo mayor. Los dos finlandeses recitaban otra vez su saga y la "*Dama del Gramófono*" se había convertido en una sirena terrible para todos los hombres. Luego hablaron sobre Chile y las casas de fandango con sus hermosas bailarinas donde se podía pasar un rato agradable.

"Hay muchachas de todas las nacionalidades allá," fanfarroneó Christoph.

El fiel Peter lo corroboró, "Hay muchachas españolas ¡y son formidables! Y mulatas e indiecitas, lo que uno quiera."

Había un cantinero en Atahualpa, don José, gordo como un chancho, quien los proveía de muchas memorias. "¡Tiene el mejor licor en ese maldito pueblo!" afirmó Lindnaes. Parecía que había estado varado una vez en Atahualpa.

"Ningún barco y ni un centavo en el bolsillo", continuó. Y empezó a contar sobre un cierto Slim que había conocido, un bueno para nada, y lo mejor que pudo hacer fue romperle su maldita cara. Lindnaes miraba de reojo a sus hombres. Algunos de los otros conocían a Slim y su descripción le recordaba a Klaus al agente de empleo en Hamburgo, el fulano con el pucho de un cigarro en la boca quien le ordenó salir de su oficina.

"Es el más sucio tiburón de tierra en toda la Costa Oeste," juró Lindnaes.

"Bueno", añadió Martín, "dudo si Red Milly en Atahualpa sea mejor. Ambos, Slim y Milly eran empleadores de marinos y de acuerdo con los hombres del *Cap Finisterre* su ocupación algún día tendría un final amargo.

Luego se hablaba de temblores y terremotos.

"Algunas veces hay dos en una semana. Te hacen temblar las rodillas cuando bajas a tierra. En la cantina de don José las botellas están remachadas para que no se caigan cuando hay un temblor."

"Yo creo que toda la Costa Oeste se va a ir al fondo un día," postuló Martín.

"Los jefes del salitre y dueños de minas parecen pensar la misma cosa," intervino Achazo. "Por lo menos actúan como si no pudieran sacar el dinero más rápido de la tierra. Los yanquis están allí, los ingleses y alemanes también. Pero son los americanos los que están a cargo."

"Chile ha tenido un dictador por cuatro años," continuó. "Su nombre es Ibáñez. Los americanos lo pusieron allí. Es

solamente un títere. No sé cuántos billetes han invertido en él para conseguir millones de dólares oro con lo que extraen de la tierra. Cuando llegó al poder, lo llamó 'una revolución nacional.' Pero los yanquis son los únicos que alguna vez sacaron algo de la 'revolución nacional.' Y todavía lo están haciendo. Los trabajadores cesantes con cuya ayuda Ibáñez empujó su revolución, bueno, muchos de ellos están en campos de trabajo rodeados con alambradas de púas. Los obreros del salitre no ganan lo suficiente para vivir. Pero nuestros 'rotos,' como los llaman, no se dejan estar. Van a la huelga, pelean como leones y los encierran en jaulas también. Cien de ellos por aquí, cincuenta por allá. Así ha sido por los últimos cuatro años."

Los ojos de Achazo permanecieron en un lugar lejano y su voz decayó. Era como si hablara consigo mismo.

"Hubo un levantamiento en Iquique una vez. Llegaron las tropas y dispararon sobre la gente. Tomaron un montón de prisioneros, mil de ellos. Y los llevaron a todos abordo de un barco de guerra que estaba en la bahía... Bueno, ¿qué son mil hombres desarmados en un buque de guerra? ¿Qué pueden hacer cuando están separados en dos grupos con una gran cadena de fierro alrededor de quinientos hombres? ¿Y los marineros que los acarrearon de esa manera? Muchachos jóvenes, peones o trabajadores. Jóvenes animales ignorantes, eso eran, y arriesgaban una corte marcial si rehusaban obedecer las órdenes. Hicieron su trabajo con la pistola de los oficiales en sus cabezas. Todo esto es verdad, sin embargo... Bueno, lo hicieron de todas maneras y esos dos grandes bultos de seres humanos gritando, fueron empujados desde la cubierta al mar, ¡encadenados todos juntos como estaban!"

Sus compañeros guardaron silencio, estupefactos.

"Mil," repitió el mapuche. "Y esos jóvenes marineros que ayudaron a matarlos, ¿cómo pueden expiar su culpa? Pero hay una persona que fue realmente el culpable. Él lo pensó todo y él ordenó que se hiciera. Y ese hombre después recibió un telegrama del gobierno, felicitándolo. Todavía está vivo en alguna parte, supongo que en un cargo muy importante. No sé dónde está en Chile, pero nunca olvidaré su cara. Saavedra es su nombre, Arturo Saavedra."

En ese momento, una de las velas *flameó*. Por algunos días habían estado menos llenas y algunas veces se agitaban sin vida contra los mástiles. El *Cap Finisterre* no iba haciendo la velocidad de siempre.

"El problema es que los obreros del salitre no están organizados," sugirió Martín.

"Sí," respondió Achazo. "Ese es el problema. Es verdad que dieron una buena pelea, pero...y les falta un buen liderazgo, unirse."

Lindnaes nunca se sentía bien cuando Achazo manejaba la conversación. Mientras los demás lo habían escuchado en silencio, él miraba hacia otra parte como no prestando atención.

"¿Qué quieres decir con '*organizados*'?" preguntó, interrumpiendo la narración.

"Bueno, es tan necesario aquí abordo como en cualquier otro lugar," replicó Achazo.

"Oh, no, ¡te equivocaste! ¡Tú tienes un jefe abordo de esta nave!"

"Verdad. ¿Pero qué ha hecho él por nosotros?"

"Él ha fregado la cubierta, ¡eso es lo que ha hecho! Ya todo lo largo del Atlántico norte únicamente porque el Viejo se enojó debido a un par de vagabundos que subieron abordo, ¡sin tener nada que hacer aquí! Y él ha estado en cuatro patas alrededor de esa porquería de bodega de proa

con una brocha de brea en la mano, ¡por la misma razón! Y me he dado cuenta de adónde fue a dar el tarro de té, el de aluminio..."

"Bueno, te tomó tiempo el encontrarlo."

"Sí, ¡y también por qué faltaba la comida cuando estábamos en el Canal!"

"Yo creo," interrumpió Achazo lenta y deliberadamente, "que sería mejor si te preocuparas de por qué estamos tan cortos de comida y por qué el chancho salado está tan podrido. Y había gusanos en las galletas ayer."

"¡*Por la cresta!* Yo sé eso, ¿no?"

"Bueno, entonces por qué no vas y le dices al Viejo lo que piensas? ¡Eso es lo que debes hacer!"

"¿Por qué debo yo preocuparme de tu puchero?"

"Tienes razón. Yo puedo cuidar de mis asuntos. Pero entonces, si tú eres el jefe a cargo y piensas que no se necesita una organización, para qué estás tú, ¿eh?"

Otra vez la vela *flameó*. "Estamos llegando al final de los alisios," comentó Martín para poner término a la acalorada disputa.

El oficial apareció. "¡Acorten las velas de *gavia*!"

Los hombres de guardia se levantaron y cuando iba saliendo, Lindnaes le lanzó a Achazo una amenazadora expresión.

"¡Ya te voy a mostrar un día lo que es el trabajo de un jefe!"

Resonaron cinco campanadas. Todavía faltaba más de una hora y media para cambiar guardias. Jaap hacía rato se había dormido y los otros echaron las frazadas sobre sus cuerpos. Klaus dio una última mirada a las flojas velas. Antes de dormirse vio la delgada luna levantarse sobre el banco de nubes.

Aún no sonaban las ocho campanadas, cuando fueron despertados por un fuerte grito. Era Lindnaes en la borda, inclinándose hacia afuera, observando algo en el agua. Los otros tiraban una cuerda. Habían cogido con un gancho un tiburón. Con gran alboroto y fuerza arrastraban el animal sobre el costado del velero hacia cubierta.

Allí estaba el bruto, destilando y remeciendo las maderas con los golpes de la cola. Los afilados dientes triangulares brillaban en su abierta y crujiente mandíbula.

Martín agarró un gancho de mano y Jaap un hacha. Los otros sacaron sus cuchillos y todos corrieron donde la otra guardia había cogido el tiburón.

Con todo, Lindnaes seguía afirmado en la borda, mirando hacia el mar. Buscaba una presa de mayor tamaño. Mientras lo atacaban con hacha, martillos y ganchos, Lindnaes cebó el gran anzuelo y lo lanzó al mar.

"¡Un delfín! ¡Un pulpo! ¡Pescado! ¡Medio cerdo!" gritaban los hombres que habían abierto el estómago del escualo y echado su contenido sobre la cubierta.

"¿Y qué es esto?" gritó Hannes sosteniendo en lo alto una repulsiva masa con ojos. Era la cabeza de un *bull-dog*, sin duda un sangriento recuerdo de alguna lejana costa.

"¡El otro es el doble de grande!" vociferó Lindnaes desde el costado.

Otro tiburón venía cerca, cortando el agua. Detrás de él, resplandecía una blanca estela. Pasó por el cebo, pero no lo cogió. Lindnaes sabía de tiburones. Izó el anzuelo y pidió algo en finlandés a Christoph. El joven fue hacia la *galera*, la cocina, tratando de que no lo vieran. Pronto regresó con un par de pantalones manchados y grasientos; eran los del cocinero.

"Aquí tienes algo para oler, viejo tiburonazo! ¡Olor a grasa!" gritó Lindnaes, envolviendo el anzuelo en ellos y

lanzándolo de nuevo al mar. Y esta vez el tiburón cogió el cebo tan rápidamente que Lindnaes tuvo que agarrarse a la cuerda para no ser arrojado fuera de la *amura*.

"¡Vamos, muchachos, todos ustedes y el cocinero también!"

Lindnaes rugía con todas sus fuerzas, colgado de la soga con cada uno de sus rudos músculos. Cuando el pez se lanzó hacia adelante para morder la cuerda, la recogió mano sobre mano. La soltó una vez que el tiburón dio vuelta y enfurecidamente desapareció.

"Bastardo de mierda," gritó Lindnaes. "¡Bastardo de pelo negro!" Sólo Achazo entendió la indirecta. Los otros habían abandonado el cuerpo todavía estremeciéndose del tiburón capturado y fueron a colgarse de la pesada soga. El primero y segundo de abordo se aproximaron mientras el capitán se mantuvo en la popa observándolos.

"Este sí que es un tiburón," vociferaba Lindnaes. Acompasadamente el gran y convulso cuerpo fue traído por fin al costado. Ahí se detuvieron, pues no podían izarlo por arriba de la borda.

"¡Traigan un *aparejo!*" gritó alguien.

"¡Aflojen la caña!" pidió Lindnaes.

"Afloja un poco," ordenó el capitán al timonel quien trajo la nave de vuelta hasta que permaneció *escorada* y empezó a navegar velozmente. Una ola rompió por sobre la escotilla y hacia la cubierta. Había once hombres y dos oficiales con la soga. Poco a poco la aleta dorsal del tiburón apareció, el velero se ladeó hacia la banda y una gran ola que golpeó la nave hizo el resto.

El inmenso cuerpo cayó a cubierta. En cuanto el velero *escoró* hacia el otro lado, el tiburón se deslizó con el movimiento arrastrando a todos con él. Era un animal de unos seis metros de largo. Su cola gigantesca

golpeaba la cubierta. Luego sacudió el anzuelo de su mandíbula y quedó libre.

El timonel trajo nuevamente el velero a su curso y cesó el rudo bamboleo.

"¡Qué mierda, esos son mis pantalones!" gritó el cocinero, avanzando para rescatarlos. En ese momento el tiburón golpeó con su cola y movió su enorme cabeza con las mandíbulas abiertas. El cocinero retrocedió rápidamente.

"¡Este sí que es un pescado!" gritó Lindnaes con gran regocijo. El animal brincaba con la ayuda de sus dos fuertes aletas pectorales. Con su poderosa cola rompió la borda y los pedazos volaron en todas direcciones. Las cuerdas del aparejo de la arboladura caían desde el aire como una telaraña rota.

El *Cap Finisterre* se transformó en un campo de batalla. Lindnaes logró enterrarle un arpón en el lomo. Con una mano cogida al mango del arpón y con un hacha en la otra, bailaba frenéticamente alrededor del tiburón, evitando sus golpes con singular agilidad. El ya condenado animal aún se defendía con sus amenazantes mandíbulas, y azotaba la cubierta. Al chocar contra su cuerpo, de áspera piel, la sangre caía por el cuerpo de Lindnaes.

En forma profunda, en la carne misma, golpeó de nuevo con su hacha detrás de la cabeza del tiburón. Por otro lado Christoph también utilizaba su hacha. Y luego Jaap se las arregló para deslizar una soga alrededor de la escurridiza cola.

Esta fue la señal para un ataque masivo. Con sus caras y cuerpos salpicados de sangre, se lanzaron sobre la temblorosa carne. Martin trató de salvar el hígado del animal para hacer grasa para los zapatos, pero éste resbaló bajo los pies de los demás. Al arrastrarse y deslizarse hacia

un lado, Martín se sentó sudando y jadeante, salvándose de ser arrollado por los enloquecidos marinos.

Las caras teñidas de sangre brillaban al fulgor de una antorcha que el capitán ordenó traer al cocinero. Los ojos destellaban con una curiosa lujuria, mientras musitaban palabrotas por el agonizante pez. Klaus los escuchó usar los mismos términos que antes habían reservado para la *Dama del Gramófono* o la *Gorda Molly,* como también esas curiosas sílabas finlandesas cuyo significado podía adivinar.

Pero más que ningún otro, Lindnaes parecía haber sucumbido a la intoxicación de sangre y lucha. Tanto que los demás tenían que estar en guardia. Repetidamente gritó que todos abordo eran unos sucios *conchas de su madre.* Prosiguió con inarticuladas frases entre las cuales había referencias al fregado de cubierta. Estaba empapado en sangre y la áspera piel del tiburón había herido su mejilla y el hombro. Todavía hacía girar el hacha en alto, cortando la carne del tiburón.

Pronto no quedó nada vivo que golpear. Una pulpa gris yacía en cubierta. Lindnaes se irguió y sus ojos dirigidos hacia Achazo, destellaron en su sangrienta cara.

Aún airado, se detuvo por un momento en frente de Achazo, echado hacia adelante con los sucios brazos curvados. Luego maldijo con un ambiguo insulto que podía referirse tanto al mapuche como al tiburón. Dejó caer el hacha, dio media vuelta y desapareció en la negra sombra proyectada en cubierta por la *cofa del trinquete.*

3

Cuando amaneció, el velero yacía como si estuviese atrapado en un océano de cemento de color gris azulado. Había una calma chicha. La nave ya no obedecía al timón y parecía dar vueltas en el mismo espacio. Sin embargo, casi imperceptiblemente, comenzó a moverse. El *Cap Finisterre* todavía cruzaba por la gran curva de la Corriente del Golfo y se dirigía hacia el oeste en la amplia banda ecuatorial. Y continuaría intentándolo, utilizando cada pequeña brisa que le permitiera escapar de ese cinturón de calma y quietud.

El mar se hallaba tan pesado como plomo derretido.

El cielo se acercaba mucho más alrededor de ellos. Las lúcidas huellas de las nubes de los alisios del noreste que por semanas bordeaban el horizonte, se habían transformado en una expansiva y complicada masa. Cúmulos amenazantes con sus estómagos llenos de lluvia, embestían su camino a través de esa gris marisma abriendo de repente sus compuertas y dejando caer un diluvio sobre el barco. Difícilmente se podía ver más allá de un cuarto de milla. Una gruesa neblina descendió sobre el océano, tejiendo nuevas formas que se separaban de la masa; subían y

explotaban, abatiendo la lluvia con tal violencia que del mar brotaban chorros y espuma. Y las ráfagas sueltas por estas nubes que estallaban, podían azotar las velas del *Cap Finisterre* para que pudiese saltar hacia adelante como un caballo golpeado por el látigo.

A pesar de todo, no duraba mucho y pronto sus lacias velas quedaban colgando. Sin carga alguna la nave pesaba unas mil quinientas toneladas. Traía en sus bodegas mil toneladas de carbón. Cuando un peso como éste empieza a avanzar, prosigue haciéndolo cierto tiempo por inercia, en términos marinos, una *viada*. Fue así como el *Cap Finisterre* se hundió más profundamente en este mundo coronado por la niebla.

Las ráfagas provenientes de todas partes obligaban a la tripulación a correr sin cesar de un lugar a otro. "¡Las brazas de estribor!" "¡Las de la proa!" "Cargar la *escota* del trinquete!" "¡Las del palo mayor!" Y así continuó, mientras los turnos se sucedían de proa a popa en esa luz extraña que no era ni de noche ni de día.

"Hay que aprovechar cada traza de viento para salir de aquí," le dijo Martín a Klaus. Tenían que hacer un trecho de quinientas millas de esta manera, antes que pudiesen conseguir brisas favorables. Tres días en los alisios habría sido suficiente para navegar quinientas millas. Con todo ya habían estado ocho días en la región ecuatorial y no había señales de un pronto fin.

En el área de estas pesadas nubes, existían sitios donde ni una brisa soplaba y la embarcación permanecía completamente inmóvil. Sólo el crujiente ruido de los cordeles de la arboladura podía oírse en este baño de vapor. En vano tiraban de ellos; las velas colgaban sin vida.

Fue un día con esta calma que se produjo el enfrentamiento entre Lindnaes y Achazo, un choque que todos habían previsto y temían. Desde la noche en que capturaron el tiburón, Lindnaes no había dicho ni una palabra e incluso había evitado siquiera mirar a Achazo. Con cinco hombres trabajando, comiendo y utilizando juntos el pequeño espacio de proa, la actitud de Lindnaes era particularmente inquietante. Pronto halló la ocasión.

Los cinco habían regresado a su lugar mojados por la lluvia. Mientras se sentaban en la mesa, el vapor surgía de sus cuerpos como ropa mojada en un fierro caliente. La ración era casi incomible, como era usual. Hannes tiró el pan y el tarro de la margarina a los otros. Pero ésta se había derretido y se esparció como aceite. El pan estaba esponjoso con la humedad.

"¡Por la *recresta*, qué basura!" bramó Lindnaes. Fueron las primeras palabras consecutivas que oyeron de él en mucho tiempo. Entonces se dio vuelta hacia Hannes.

"¡Dejaste el pan afuera otra vez!"

"No, estaba en el armario."

"¡No me respondas, flojo de mierda!"

"Pero lo tenía en el armario y no soy un flojo de mierda," protestó Hannes.

"¿Qué es esto?" ladró Lindnaes. Se agachó por sobre la mesa, descansando en sus largos brazos de gorila hasta que su cara casi tocó la del muchacho. "Así es que no eres un flojo de mierda, ¿eh? Así que no eres un ..." Agarró el tarro de la margarina y se lo encajetó en la cabeza.

Achazo ayudó al joven a sacarse el tarro de encima.

"Es verdad, Lindnaes, el chico guardó el pan en el armario. Yo lo vi. Además no hay razón para tratarlo de esta manera."

Lindnaes levantó su melenuda cabeza y contestó, "¿Y quién mierda está crujiendo? ¿Quién te dio alas en este asunto? ¿Qué maldito derecho tienes tú para abrir tu sucio hocico? En todo caso, ¿quién es el jefe aquí?"

Achazo sabía que sólo había una respuesta para esa pregunta y estaba resuelto a darla. Sacó su cuchillo y hundió la punta en la mesa.

"Yo soy el mandamás," respondió con toda calma.

Esta era la tradicional manera de desafiar la autoridad.

Le dejó a Lindnaes dos posibilidades: podía aceptar calladamente la decisión y confirmar así al nuevo jefe o podía pelear para mantener su autoridad. Escogió la segunda. Sacó su propio cuchillo y lo enterró en la mesa, aceptando el desafío.

"¡Vamos a ver!" exclamó, sacando el cuchillo de la mesa. Entonces Achazo actuó.

El finlandés ni siquiera había esgrimido el cuchillo cuando el chileno saltó sobre la mesa y cogió el brazo en alto de Lindnaes y se lo torció. Un breve altercado y el cuchillo cayó al piso. Fue el primer round de la pelea y con él, la decisión de qué armas usar para desventaja de Lindnaes. Salieron luchando hacia adelante, todavía enlazados, y cada uno con la misma idea: llegar a cubierta y tener espacio para enfrentarse. Klaus y el resto de guardia en cubierta los vieron emerger del castillo de proa, anudados en un solo cuerpo rodando, músculos en completa tensión.

Achazo, inmovilizado por uno de los largos brazos de Lindnaes, tuvo que soportar unos terribles golpes hasta que pudo liberar su brazo derecho, bajar su puño y golpear fuertemente un lado de la cabeza de su contrincante.

"¿Vieron eso? ¡Eso es clase!" exclamó Jaap.

El viejo Martín sólo mascculló algo entre dientes.

Estaría más que contento si Lindnaes recibiera una paliza, pero conocía la capacidad del hombre. Había visto a más de un marino golpeado en tal forma que quedaba incapacitado para trabajar y debía abandonar el barco en el puerto más próximo.

El segundo de abordo bajó del puente de popa, caminando con un dejo de despreocupación. Llenó su pipa y se paró a mirar la pelea. Confiaba en que Lindnaes pondría en su lugar al negro puerco. Si lo hubiese tenido en su guardia, él habría arreglado el asunto tiempo atrás.

El golpe de Achazo había dado justo detrás de la oreja. No obstante el rústico finlandés mostraba agilidad y resistencia. Por un momento trastabilló y el chileno tuvo tiempo para liberarse del abrazo de oso. Lindnaes se enderezó y saltó hacia él. Achazo fue capaz de mantenerlo a distancia y el finlandés, como la mayoría de sus compatriotas, era un hombre de lucha libre y no pudo lograr un cuerpo a cuerpo. De hecho, su concentración en tal tipo de pelea fue la que permitió al mapuche, cuya táctica era la de un boxeador, conectar una serie de fuertes golpes en el pecho, la cara y hombros. Cuando en un momento, lanzó un martillazo que hubiese terminado con su oponente, éste contraatacó con un puntapié envolvente, el cual evadió, aunque también le hizo fallar su puñetazo.

Klaus y Martín con sus mandíbulas apretadas y músculos tensos, luchaban con Achazo en cuerpo y alma. Después de su primera exclamación, Jaap quedó silencioso. El resto se mantenía callado; los dos finlandeses, ceñudos. El segundo de abordo, se sentó al borde de una escotilla.

La frente de Achazo estaba rota y uno de sus ojos, lleno de sangre. La cara y el pecho de su contrario, no lucían mejor. Tenía su camisa despedazada y acezaba con dolor.

Pero el asunto aún no se había resuelto.

El finlandés atacó sorpresivamente. Se vino agachado encima de Achazo para luego alzarse y tratar de darle un cabezazo en el estómago. Mas no fue lo suficientemente rápido. El araucano lo agarró a tiempo y los dos cuerpos abrazados flotaron en el aire para aterrizar en la cubierta. Lentamente Achazo se levantó. Lindnaes permaneció en el suelo a los pies del segundo de abordo. Entonces el oficial reaccionó.

"¿Se han vuelto loco los dos? ¡Golpeándose de esta manera! *¡Alza arriba*, Lindnaes! ¿Qué diablos te pasa? ¿No puedes pararte?"

Parecía que el finlandés podía sentarse aunque se le hacía difícil el andar; cojeaba en malas condiciones. Achazo se dirigió al castillo de proa y Lindnaes lo hizo en la misma dirección. El oficial lo observó cuidadosamente. Su cara rota y el pecho desgarrado no eran un problema. Pero la pierna coja, eso sí lo era. "¡Esto irá en la bitácora!" vociferó después que el finlandés se hubiese ido. Recordó que también tenía que reportarlo al capitán. Era su deber porque ambos estaban en su guardia. Todo lo que tenía que hacer era describir lo que había presenciado, por lo menos no todo, pues él debía haber detenido la pelea en sus comienzos. Lamentaba el no haberlo hecho. Enfiló hacia proa para darle una última mirada a los dos.

"Sus nombres aparecerán en la bitácora. ¡Y ya verán lo que sucederá! ¡Los dos pagarán caro por su diversión!"

Al volver a popa, ordenó a Klaus, "Trae un balde de agua y un *escobillón* y limpia esa mugre."

Durante la guardia de perros, de cuatro a seis campanadas, Lindnaes permaneció en su camarote. El oficial fue a la cabina del capitán para reportar el incidente.

"¡Estos hijos de puta!" bramó el Viejo. "Ves lo que pasa cuando tienen demasiada comida, no pueden controlarse. Tendremos que disminuir las raciones, ¡eso es! ¡Trae al tipo ése! No, no mientras está trabajando, cuando termine su guardia."

Dos horas más tarde, Achazo se presentó en la cabina del capitán por vez primera. Desde el día de su encuentro el Viejo no le había dirigido ni una palabra. Lo atacó en el momento en que apareció en la puerta.

"¿Qué pasa abordo de mi barco? Aquí estás, ¡una boca extra que alimentar y te metiste a la fuerza en mi barco, y has *machucado* a uno de mis mejores hombres!"

Achazo pasó por alto lo de *'boca extra,'* aunque pensó que doce horas de trabajo cada día sería una buena respuesta.

"Lo siento, capitán, pero no lo pude evitar. Uno de los dos tenía que perder, si no era él, habría sido yo."

"Bien, tengo que dejar constancia de ello de todas maneras y tendré que notificar a las autoridades."

"Ese es asunto suyo, capitán. Pero hay otro problema que nos concierne."

"¿Quién es 'nos'?"

"La tripulación."

"¿Qué tienes tú que ver con la tripulación?"

"Bueno, tengo que estar de guardia, tomar el timón, hacer de vigía, lidiar con las velas y hacer todo el trabajo que se requiera en el barco."

"Cierra la boca, ¿quieres?"

"Y además, capitán, yo soy el jefe, así es que tengo que preocuparme por la tripulación."

Si el Viejo no hubiese estado sentado, habría tambaleado.

"¡Piojoso *bichicuma!* ¡Ahí está la puerta! ¿La ves? ¡Fuera!"

Achazo no se movió.

"¿No ves la puerta? Si no puedes oír, voy a pedir que traigan una manguera y ¡limpiaremos tus orejas!"

"Sí, capitán, pero esto tiene que ver con el barco y el viaje. Todos queremos un viaje rápido. Y creo que usted también."

"¿Qué quieres decir con 'el barco'?"

"Hablo por la tripulación, capitán. Y ellos quieren comida que se pueda comer. La carne salada está podrida. Hay gusanos en las galletas. La margarina está bien para mezclarla con la pintura, pero no para comerla. También queremos un vidrio para la lámpara; el otro se quebró cuando pasamos las Sorlingas."

"¡Fuera de aquí!"

"Debemos tener otro tipo de carne mañana y mejores galletas hoy día. También algo que reemplace la comida de hoy que fue incomible. Mandaré al muchacho por ello, si usted lo dice. Usted sabe, señor, que no se puede trabajar con el estómago vacío."

"¿Puedes mandarte cambiar?"

"Sí, señor. He dicho todo lo que tenía que decir."

Achazo se dirigió a la proa. La oscuridad reinaba en cubierta y el aparejo crujía y rechinaba. Las velas colgaban sueltas, apenas infladas, mientras el timonel trataba de agarrar un poco de viento con ellas. Las cosas se veían deprimentes en el camarote. La lámpara estaba encendida, pero la luz apenas alumbraba. Lindnaes yacía en su camarote con la mirada en el techo.

"Ve arriba y trae galletas frescas y algo para comer en vez de esta basura," ordenó Achazo a Hannes.

"¿Qué dijo el Viejo?" inquirieron los dos finlandeses sentados a la mesa. La acción de Achazo los hizo darse cuenta

que el trabajo de un jefe no era sólo imponer su autoridad en la tripulación, sino también en aceptar ciertas obligaciones en beneficio de ellos. Incluso el viejo Mar[illegible] vino por un momento a preguntar lo mismo.

"No dijo nada definitivo. Pero veremos."

Y lo vieron. Hannes regresó trayendo las mismas galletas.

"El Viejo llamó al piloto y me golpeó tan fuerte que casi fui a dar al palo mayor," reportó. "Sólo pedí galletas, ¡ni siquiera tuve la oportunidad de hablar sobre la comida!"

Lindnaes salió de su litera. Se tragó un comentario sobre el nuevo jefe y sobre cuchillos nuevos que fácilmente se mellan. No tenía sino agrias ojeadas para sus dos compatriotas. Ostentosamente sacó los gusanos de las galletas y, a pesar de sus hinchadas encías y dolorida mandíbula, disfrutó tanto su comida que se chupó los dedos al terminar, suspirando placenteramente.

"Por supuesto que las cosas no se arreglan tan rápido y no consigues nunca nada si no tratas primero," le insistió Achazo a Martín cuando vino a cubierta por unos minutos. "Pero tú sabes lo que debes hacer durante tu guardia y yo en la mía."

Martín estuvo en su turno desde las seis hasta las ocho campanadas. Luego vino la guardia de estribor de Achazo. Lindnaes acudió esta vez a su turno. En la zona de mar en calma, el trabajo radica principalmente en la *arboladura* y *escotas*. Estas son las cuerdas en las esquinas inferiores de las velas, utilizadas para regular su tensión y se manejan directamente mientras que la arboladura con gruesos cables con los cuales se controlan las vergas son maniobrados con un molinete en los veleros alemanes.

Apenas la guardia de estribor estaba en funciones cuando resonó la voz del jefe a cargo, "¡Todo el mundo a las *brazas de sotavento!*" Aunque pusieron manos a la obra, las brazas se movieron más lentas que de costumbre. A mediados del turno, una oscura nube apareció y advirtieron que venía una racha. Los hombres se esforzaron vigorosamente en su tarea e incluso Lindnaes jadeaba como un ciervo moribundo. Las brazas no cedieron a tiempo y el viento cesó. La brisa refrescó el sudor de los marinos, pero las velas permanecieron quietas. De nuevo se repitió la maniobra, sólo esta vez fue peor pues las velas se replegaron, lo que significaba que si el barco se movía, sería hacia atrás.

"¿Qué diablos ocurre con ustedes? ¿No les queda nada de fuerza?" chilló el oficial. "¿Qué se han creído, que esto es una escuela para señoritas?"

Advirtió que Lindnaes no estaba a cargo. Y la próxima vez él también mantuvo las brazas agachándose con denuedo. Los otros del mismo modo parecían realizar un gran esfuerzo. Hannes compenetrado de su tarea, lo hacía con tal dedicación que fácilmente podría dañarse un ligamento. Con todo apenas pudieron aprovechar la última boqueada de viento.

Cuando el oficial volvió a su cabina después de la guardia, sus ropas estaban empapadas con sudor y las manos más sucias y ampolladas que en ningún otro viaje anterior. Más aún, muchas millas se habían perdido durante su guardia. Los resultados del próximo turno de medianoche hasta las cuatro fueron peores. La situación era evidente hasta para el capitán. No era un tonto y tenía sus propias ideas respecto al asunto.

En todo caso, la tripulación cantaba como lo hacía siempre que trabajaba. Sólo que en vez de "¡Todos a una,

muchachos, para un tiempo mejor!" o "¡Todos juntos para el Cabo de Hornos!" o como ocurría en días difíciles, "¡Okey, muchachos, por un trago de ron!" el grito era "¡Okey, muchachos, por algo de carne salada fresca!" Jaap improvisó nuevos versos de una vieja canción que tenía como tema jamón, frijoles en tarro y comidas similares, los cuales llegaban a la cabina del capitán. ¿Y qué podía hacer? Pues los hombres, mientras unían sus voces al nuevo canto, parecían curvarse como si sus espaldas se fuesen a quebrar.

En fin, con insultos, el velero no navegaría más rápido por lo que decidió que engrasaran los *motones*, el aparejo por donde pasan las cuerdas, y los *eslabones*. Durante todo su turno, Lindnaes estuvo ocupado en aceitar cada motón y eslabón, refunfuñando, pues sabía que si el capitán no estaba al tanto, lo requerido no era un tarro de aceite sino una patada en el vientre para cierta persona.

Cuando la engrasada no dio resultado, el Viejo se preocupó y resolvió que no había más que una solución. El barril que contenía la carne podrida fue claveteado otra vez. El cocinero sugirió que lo mejor sería lanzarlo por la borda, pero su jefe no estuvo de acuerdo. Mejor sería tirar algunas libras esterlinas al mar, arguyó. Se abrió un nuevo barril y ese día disfrutaron un buen guisado para comida. Y cuando Hannes nuevamente fue enviado por el cristal para la lámpara, una tarea que aceptó luego de mucha persuasión, trajo de vuelta lo solicitado. El próximo día, las galletas aparecieron frescas, sin gusanos.

"¡Pero sólo mientras estemos en la línea ecuatorial! En cuanto salgamos de ella, ¡ese bastardo será engrillado

en la primera oportunidad!" amonestó el capitán al primero de abordo.

La tripulación tenía bastante para alimentarse y la comida era buena. Hasta Lindnaes la disfrutó aunque con reprimida ira. Porque después de todo, galletas sin gusanos y cerdo salado son mejores que la basura que ha viajado tres veces alrededor del mundo. El *Cap Finisterre* empezó a tomar velocidad. Aunque la brisa fuese poca, la tripulación no la perdía y Achazo era siempre el primero en la tarea. A veces tenía todo preparado antes que el oficial hubiese decidido de dónde provendría el viento. Un día el velero se abrió camino por casi doce horas, una excepción bienvenida en la línea ecuatorial.

Por fin, el sol rompió por sobre las nubes y comenzó a tragarse la gruesa neblina. Cada día había un área más clara y grande en torno a la nave. Una mañana el *Cap Finisterre* emergió en un inmenso e ilimitado mar azul.

6

Habian cruzado el ecuador y navegaban en el hemisferio sur. Las brisas cambiaron al inicio y la corriente les fue desfavorable. Tenían que atravesar una rama de ella en el Golfo antes que pudiesen lograr la que cursaba hacia el sur. Una vez más, los vientos alisios soplaron. Lo hicieron desde el sur-este, llevando delante de ellos cristalinas nubes.

Hubo trabajo suficiente para todos en cubierta, incluyendo las preparaciones para rondar el Cabo de Hornos. El capitán y el piloto, particularmente el último, estaban ansiosos por terminar con la ardua travesía. Decidieron que podían alimentar a la tripulación con la comida de antes y que la oportunidad surgiría para arreglar cuentas con el araucano.

Tal como lo habían planeado, un día el cerdo salado del viejo barril apareció otra vez en la mesa del puente de proa. Sólo que estaba más podrido que nunca. El hedor ofendió hasta la nariz de Lindnaes. Esa tarde comieron únicamente galletas. A la mañana siguiente y en la próxima comida, la mitad de ella fue tirada por la borda.

No hubo cantos improvisados con respecto a un mejor tratamiento, pues no tenían que maniobrar las velas. El viento soplaba regularmente desde la misma *cuarta sección* del compás. En estas latitudes era posible que siguiera por semanas.

Una calurosa tarde Lindnaes manejaba al timón. Achazo remendaba una vela en la proa. Klaus, quien no estaba de guardia, lo acompañaba. Martín y los dos finlandeses reposaban en el palo de la borda.

"Pasamos a diez grados al sur de la línea," comentó Achazo. "¿Puedes recordar el mapa, hijo? ¿Sabes dónde estamos?"

"En la corriente del Amazonas."

"No. Esa la dejamos atrás cuando estábamos en la línea ecuatorial."

Jaap se unió a los demás. Había traído su acordeón. Aunque no hubiera razón para cantos, todavía podían encontrar una manera de hacerle saber al Viejo lo que la tripulación pensaba de él y el bodrio que les daba. Jaap abrió su instrumento y entonó:

Oh, ¿cuánto vale un pobre marino?
Galletitas agusanadas, dos veces por día
¡Y carne salada y podrida para comida!

Y el resto coreaba:

Carne de caballo salada
Carne de caballo salada
¡Eso es todo lo que vale un pobre marino!

El capitán se paseaba, su pipa humeando como chimenea.

Achazo guió la aguja a través de la burda lona y continuó su historia, "Si pudieras ver tierra desde aquí, verías la costa brasileña. Podrías ver Bahía. Ellos cargan

cuero y pieles, azúcar y cocoa. Pero si el Viejo decide por cualquier razón poner rumbo a Bahía, tomaría varios días, tal vez ocho, antes que pudiéramos llegar a puerto."

Le dio un vistazo al mar. De repente alzó la cabeza y su mirada se tornó más penetrante. Se dio vuelta y buscó al capitán en la popa. ¡Sí! El Viejo había detenido su paseo y estaba parado en la borda, dirigiendo sus ojos en la misma dirección. Apareció el piloto y observó con su catalejo. Al comienzo Klaus no vio nada distinto, sólo la brillantez del horizonte como en otros días. Se preguntó si el mar cambiaba de color, primero a lo lejos, donde los parpadeantes rayos del sol caían sobre el agua. Sí, parecía como si un velo gris hubiera descendido del cielo y avanzara hacia ellos.

"Bueno, hijo," le comunicó Achazo, sin dejar de contemplar el mar distante, "pienso que algo se nos viene encima. Has estado diciendo que te gustaría ver un tifón o un tornado. No hay tifones en estas aguas y dudo que éste sea un tornado... Un pampero, es lo que creo."

"¡Acorten las velas!" ordenó el primer oficial.

"¡La guardia del entrepuente, a cubierta!" gritó el capitán.

Achazo tiró su lona bajo el puente de proa. Jaap corrió con su acordeón. Los otros ya subían al palo mayor. Los marinos olvidaron su indignación y la podrida comida y ningún hombre se hizo el lerdo en su trabajo. Las velas fueron acortadas, luego vino el turno de las del *mastelerillo de juanete*.

Klaus estaba en la verga del palo mayor. Desde allí apreciaba la forma diminuta y elíptica del navío. Las primeras olas chocaron contra el costado y se deslizaron hacia popa. Indagando hacia el mar, vio acercarse la

tormenta: una masa negra arremolinada en cuyas garras permanecerían por todo el día y la noche. La vela controlada por el muchacho fue arrancada de sus manos y golpeó el aire. Las brazas debajo de él subían y bajaban, llevadas de lado a lado. Presionó sus piernas y estómago contra el palo, agarrándose a él y tratando de conservar su balance. ¡Una mano para el barco y otra para el! Era la lección que Achazo le había enseñado. La recordaba, aunque no era tarea fácil. En realidad necesitaba las dos manos para trabajar y a veces sólo para mantenerse allí. Hacía un calor terrible. Cuando Klaus y el sueco bajaron a cubierta sus cuerpos estaban humeando.

Las cuerdas de salvamento fueron instaladas en cubierta y la guardia de estribor sujetó una gran red al obenque para que cualquier marino se agarrara de ella si era cogido por una ola.

El tropical y llameante cielo ardió tenebrosamente hasta que perdió todo color. El sol desapareció como si se apagara la luz de una lámpara. Pronto había tal oscuridad que el primer oficial tropezaba frecuentemente contra sus hombres que corrían por cubierta. Con ambas manos curvadas en la boca les gritaba sus órdenes en las orejas. El pampero había desarraigado árboles en tierra, ramas de los cuales se arremolinaban por sobre ellos. Aun trozos de barro y nubes de indefensas aves pasaban por el aire traídas cientos de millas mar adentro por la tormenta.

Durante la noche no podían ver nada, ni siquiera las nubes que avanzaban por sobre ellos. Cuando el velero navegó con su *foque* hacia arriba, todo el barco se puso tenso y crujió. Se hundió en el turbulento océano y las calientes olas rompieron sobre él hasta que la cubierta

tormenta: una masa negra arremolinada en cuyas garras permanecerían por todo el día y la noche. La vela controlada por el muchacho fue arrancada de sus manos y golpeó el aire. Las brazas debajo de él subían y bajaban, llevadas de lado a lado. Presionó sus piernas y estómago contra el palo, agarrándose a él y tratando de conservar su balance. ¡Una mano para el barco y otra para él! Era la lección que Achazo le había enseñado. La recordaba, aunque no era tarea fácil. En realidad necesitaba las dos manos para trabajar y a veces sólo para mantenerse allí. Hacía un calor terrible. Cuando Klaus y el sueco bajaron a cubierta sus cuerpos estaban humeando.

Las cuerdas de salvamento fueron instaladas en cubierta y la guardia de estribor sujetó una gran red al obenque para que cualquier marino se agarrara de ella si era cogido por una ola.

El tropical y llameante cielo ardió tenebrosamente hasta que perdió todo color. El sol desapareció como si se apagara la luz de una lámpara. Pronto había tal oscuridad que el primer oficial tropezaba frecuentemente contra sus hombres que corrían por cubierta. Con ambas manos curvadas en la boca les gritaba sus órdenes en las orejas. El pampero había desarraigado árboles en tierra, ramas de los cuales se arremolinaban por sobre ellos. Aun trozos de barro y nubes de indefensas aves pasaban por el aire traídas cientos de millas mar adentro por la tormenta.

Durante la noche no podían ver nada, ni siquiera las nubes que avanzaban por sobre ellos. Cuando el velero navegó con su *foque* hacia arriba, todo el barco se puso tenso y crujió. Se hundió en el turbulento océano y las calientes olas rompieron sobre él hasta que la cubierta

desapareció. Todo lo que se podía distinguir eran los temblorosos mástiles surgiendo de un verde oscuro y espumoso caos.

Los hombres se mantenian de pie en la *escota mayor*. "¡Ciñan, o-o-o-oh!" entonó Achazo y su grito sonó como el de un pájaro del mar. Todos pulsaron, incluso los oficiales y el cocinero, hasta que el mar llegó y se afirmaron en sus puestos. Al ascender nuevamente a la superficie, los hombres sacudieron el agua de su pelo y hombros y aguardaron en sus puestos. Al escalar la próxima cima de la montaña, Achazo volvió a su cántico.

Cuando el océano se avalanzó por sobre ellos, surgió un problema. La vela se les escapó. Achazo, al tratar de colgarse de ella, fue removido en el aire y la soltó en el momento preciso. La enorme lona volaba libre al viento y en segundos fue cortada en largas tiras que todavía se inclinaban en el mástil. Al ser envueltas por el viento, los pedazos azotaban de tal manera que sonaban tan fuerte como disparos. En la *escota* o extremo de uno de ellos, había un *motón* de hierro que pesaría unos quince kilos. Oscilaba violentamente al final de unos trece metros del velamen en una curva peligrosísima. Klaus estaba de pie en el *obenque*, junto con los demás, listo para subir a la arboladura y coger los trozos de vela. De repente vio el bloque de hierro balanceándose hacia él. Se agachó y su cabeza apenas logró esquivarlo. Más tarde, le pareció recordar entre sombras que el motón había golpeado algo o a alguien.

Continuaron subiendo en la penumbra. Bajaron luego de solucionar el problema de la vela despedazada, incluyendo el pedazo con el motón. Sólo entonces se dieron cuenta que el viejo Martín había desaparecido.

Por fin lo encontraron en el *imbornal*, bajo la red. Afortunadamente, después de caer de la red, había quedado metido entre el mástil de repuesto y la borda. Achazo y Jaap lo llevaron a la cubierta de proa. Su cara estaba chupada, sin vida, y uno de los costados de su pecho, de color azul e hinchado. El motón de fierro lo había noqueado y una ola lo lanzó al lugar donde lo hallaron. A Klaus se le dijo que se quedara a su lado.

Esa noche no hubo mucho más trabajo en cubierta. El *Cap Finisterre* estaba navegando con menos velas en las *gavias* y con su proa fija a *barlovento*. Tendría que enfrentar la tormenta de la mejor manera posible o de lo que fuese capaz. La guardia de babor podría retirarse para descansar.

Klaus permaneció junto al camarote de Martín. De vez en cuando, uno de los hombres del turno de estribor venía a darle un vistazo al viejo marino.

Siguió inconsciente por bastante tiempo. A Klaus le parecía que su cara era de un amarillo uniforme, pero quizás fuese la luz de la lámpara. Respiró con alivio cuando Martín abrió los ojos y miró a su alrededor, aunque sin mover la cabeza ni decir palabra. Achazo trajo unas vendas y un poco de aceite que calentó en la cocina. Derramó el líquido y lo refregó en el pecho de Martín, luego lo vendó. Martín no habló, sólo yació inquiriéndole a Achazo con ojos preocupados.

Klaus fue dejado a cargo del viejo marinero. El mismo silencio triste de esa noche lejana lo invadió, la noche en que trajeron a su padre a casa. Recordó su cabeza amarrada con sangrantes vendas. En aquella ocasión fue su madre la que se sentó por horas cerca de la cama a la luz de una lámpara. Fuera de la casa también había una tormenta, en ese caso una tormenta más silenciosa y siniestra. Y cuando

una puerta era golpeada, o pasos o voces se sentían en las escaleras, su madre se levantaba con sus manos nerviosas plisando el vestido, escuchando, hasta que todo quedaba quieto. La cara de su padre se notaba amarilla y chupada como la de Martín. Había respirado con un duro acezar y pedido agua. Sólo habló una vez, y dijo, "Estoy liquidado, esos cerdos me liquidaron." No había sido un accidente, fueron los nazis los que lo hicieron, los guardias de asalto.

Llegó el amanecer con una luz pálida que se filtró por el único *ojo de buey*. La puerta se abrió y Hannes apareció. Sostenía algo manchado con sangre en las manos. Eran dos pájaros empapados con sus alas rotas. "Ha estado lloviendo pájaros y mariposas," y dejó las aves en su camarote. Iba a tratar de embalsamarlas. Klaus se paró en la portilla y vio que las velas se revestían de grandes y coloridas mariposas. Cientos de pájaros se hallaban en el suelo, algunos de ellos todavía vivos y aleteando.

Los que trajo Hannes también estaban vivos. Uno de ellos empezó a batir las alas. Martín de improviso movió su cabeza y miró a las golpeadas criaturas. Klaus las tomó y las llevó a cubierta. La fuerza de la tormenta pasó y ya para mediodía el velamen había vuelto a su lugar. De la misma manera que desaparecieron con el pampero, aparecieron las ligeras nubes de los alisios y un viento firme sopló como antes.

La vida volvió a la normalidad con la excepción del viejo Martín. No fue capaz de retornar a sus labores. Para igualar las dos guardias, Jeorgen fue transferido a la de babor y el primer oficial designó a Hannes en su puesto.

"El sistema es el culpable," acusó Achazo cuando conversaban sobre Martín. "Estábamos cortos de hombres. Si hubiéramos tenido a dos más en la escota, todo este

asunto no habría pasado. Y no se puede culpar al capitán, no puede contratar más tripulantes de lo que le es permitido y supongo que ni siquiera el dueño tiene control. Es un pequeño capitalista, compitiendo con otros como él y las compañías de vapores. Los precios van bajando y la carga debe ser acarreada al precio más barato posible."

"Pero algo deben ganar en todo caso," sugirió Klaus.

"Sí, algunos de ellos ganan un montón. Esa es la otra parte del asunto. Aun el capitán obtiene un porcentaje mayor o un bono por un viaje rápido a bajo costo. Pero la real ganancia, la verdadera, va a dar a manos de gente que nunca verás en tu vida."

Achazo jamás hablaba de esta manera frente a su superior.

"El viejo Martín yace escupiendo sangre, esto lo tiene usted en su conciencia, capitán," le dijo un día. Y aunque este en su furia buscó vanamente una respuesta, el araucano continuó, "Y no se olvide, señor, que yo tengo que ir delante de las autoridades por causa de la pelea. Y cuando lo haga, voy a preguntar si una guardia de tres hombres y un muchacho es suficiente para un velero con toda su arboladura. También preguntaré si el capitán de un barco tiene el derecho de economizar con la comida de su tripulación a tal extremo que a veces ellos tienen que tirarla por la borda y trabajar con los estómagos vacíos."

Las pequeñas venas en los ojos del Viejo se hincharon con sangre. Su cara estaba púrpura.

"¡Saquen a esta basura de aquí!" gritó al primer oficial.

"Esta bien, señor," respondió Achazo. "Saldré yo solo," y empezó a caminar.

Ya que Martín yacía incapacitado, el Viejo tuvo que abandonar su proyecto de engrillar al mapuche. El primer

oficial, quien tenía que disponer del trabajo abordo, había aclarado que no sería posible darse el lujo de perder un par de brazos. Además, el capitán no estaba seguro si una corte naval podría sin lugar a dudas apoyarlo a él, si surgiera el asunto de la comida del personal. Ya no confiaba en sus dos oficiales como hubiese deseado. Ambos, debido a la escasez de brazos, habían tenido que laborar con la tripulación más frecuentemente de lo que quisieran. Fuera de eso, sabían muy bien que compartía con el cocinero lo que ahorraba al reducir la comida de sus hombres.

Todo esto le pasó por la mente. Se dio cuenta que por el momento no le quedaba otra alternativa. Algo tenía que hacer para conservar su autoridad. Lo mejor hubiese sido derribar de un golpe al bastardo, un buen ejemplo para los demás. Recordó que hasta ese momento, Lindnaes no se había recuperado de la paliza que le había propinado.

"Escucha, tú, cerdo", le gritó a Achazo quien se había alejado algunos pasos, "¡No muestres tu cara por la popa otra vez!"

"Como no, señor. No tengo ningún interés en estar cerca del palo de mesana si usted lo ordena. Después de todo, vine abordo como pasajero."

"¡Te quedas de guardia donde perteneces!" interfirió el oficial.

"Por supuesto, señor. Pero lo que yo quiero decir..." y se volvió hacia el capitán, levantando el tono de su voz para que todos, aun los compañeros en cubierta, pudiesen escucharlo. "Nosotros trajimos su nave a salvo a través del pampero con nuestros estómagos vacíos. Pero si eso será posible cuando rondemos el Cabo de Hornos, no podría decirlo."

El Viejo lo estudió por un largo tiempo, sin hablar. La ira se reflejaba en su cara, los ojos casi se salían de sus

[illegible] apretó los puños. Se dio vuelta y tropezó al dirigirse hacia su cabina. Y no fue hasta que el cocinero le hubo traído su tercer trago de ron, un horrible estimulante en el calor tropical, que recuperó su control. "¡Esa paria de perro!" gruñó.

El cocinero revolvió el azúcar en el ron, tratando de expresar una simpatía sorda, lo que no era de ningún modo una respuesta sensitiva de pensamiento o emoción. "¿Por qué no lo pasamos por la quilla al bastardo?" le insinuó.

Había navegado largos años en el velero, más que nadie a bordo, y hasta cierto punto disfrutaba de la confianza del capitán. No compartía totalmente su punto de vista en este punto, pero entendía que el Viejo no podía soportar más contradicciones. Propuso esa solución que había cesado de utilizarse hacía más de un siglo.

El capitán buscó en vano un plan que le permitiera eliminar al nuevo líder. Cada idea chocaba con la circunstancia creada por la escasez de tripulantes. Habría estado dispuesto a sacrificar algunas libras esterlinas, dinero que él prefería por sobre lo demás, para asegurar un substituto aunque era imposible. La situación empeoró cuando llegó el oficial quien, viendo la posibilidad de tomar un trago, le advirtió, "Estaremos pasando el Cabo de Hornos en un par de semanas, señor, y me parece que debiéramos darle algo mejor que comer a los hombres."

El Viejo alzó su puño, volteándolo por debajo de la mesa y algunas gotas doradas del ron se desparramaron. "¡Dales a esos malditos animales todo lo que quieras para que revienten, si quieres! ¡El *Cap Finisterre* no es un barco ya, es un establo para engordar a un montón de animales flojos!"

Con lo cual, la pregunta sobre la alimentación quedó fuera de las manos del capitán y en las de su oficial y cocinero.

7

El Cap Finisterre navegaba viento en popa. Las brisas del sureste inflaban sus velas y la corriente oceánica lo empujaba consigo en su ruta a través del Atlántico Sur. Seguiría haciéndolo hasta perderse en la corriente del Polo Sur. La tripulación se aprestaba para el paso por el Cabo de Hornos. Repararon y engrasaron sus botas y hasta los impermeables recibieron un nuevo barniz. La alimentación mejoró tan radicalmente que incluso Lindnaes se comportaba un poquitín amigable cuando se sentaba a la mesa. Durante su largo silencio desde la pelea con Achazo, parecía que se había conformado a la idea de la existencia del araucano. E internamente se propuso que si alguna vez volviera a ser el jefe o líder de algún barco, se preocuparía él mismo de las condiciones de vida y la comida de sus hombres.

Un día memorable, le ofreció a Achazo algo de su tabaco. "Y cuando lleguemos a Atahualpa, iremos donde don José para tomarnos un trago." Paulatinamente emergió de su malhumorado carácter. En otra ocasión, sentados bajo el palo mayor, se refirió al abusivo empleador en Atahualpa.

"Ese Slim me embarcó en un velero, pero antes se quedó con todas mis cosas. 'Por la comida y alojamiento,' dijo, pero el perro me había hecho dormir en la playa la mitad del tiempo. Si nos encontramos con él en Atahualpa, pienso que una buena pateadura no le andaría mal, ¿eh?"

"No es el único en Atahualpa que merece una."

"Sí, tienes razón, ahí está Red Milly. Martín estuvo en su negocio una vez y ella no es mejor que Slim. Pero al menos cuando te quedas en su local puedes tener algo de comer una vez al día y un saco de paja para dormir."

"Sí. Bueno, después de todo Milly y Slim son sólo ladroncillos. Hay otros peces más gordos en Atahualpa."

"¿Quieres decir ese maldito tipo, el policía? Me acuerdo cuando me encerró..."

"Ese mismo. Pero hay otros sinvergüenzas aun más grandes, el asunto es, ¿cómo los vamos a pescar?"

El *Cap Finisterre* avanzaba a un promedio de doscientas millas por día. El viento era cada vez más fresco y vieron dos albatros planeando con sus enormes y airosas alas. Esto significaba que se avecinaban el frío y las tormentas. Los dos heraldos del viento del oeste, con sus alas inclinadas hacia la brisa, atravesaban más rápidos por el espacio que el velero en el mar.

"Se ven como grandes gaviotas," observó Klaus.

"Eso demuestra cuánto sabes," sonrió Hannes. "En el último viaje, pescamos dos y los medimos. Desde una punta a la otra, tres metros y medio."

Los albatros continuaron con el navío y otros más se les unieron. Veinte o treinta de ellos los seguían, esperando que algo para comer fuera tirado por la borda. Con cada milla, el agua era más helada. Klaus

entendió por qué registraban la temperatura todos los días. El viento cambiaba constantemente y el *Cap Finisterre* se acercaba al centro de la tormenta.

Una noche en que Klaus estaba de guardia, las vergas fueron empujadas hacia atrás como no había acontecido desde la ocasión del pampero. Tenían delante de sí las brisas del oeste, era casi un viento de proa, y el viejo navío tuvo que *virar de bordo*, zigzaguear, varias veces. El vendaval se hizo más fuerte con cada hora que pasaba y las lonas fueron amarradas. Sin embargo, a pesar de sus pocas velas desplegadas, seguía surcando el océano a gran velocidad. Los mástiles se estremecían bajo la enorme presión y algunas veces se sentía un crujido como el de los árboles con la escarcha en la foresta.

Habían navegado en dirección norte todo el día cuando al atardecer el Cabo de Hornos se hizo presente. Se podía apreciar claramente a través del frígido y gris atardecer. Al caer la oscuridad, el capitán ordenó cambiar el rumbo y otra vez viajaron hacia el sur por una noche y un día en la vasta y plomiza desolación. Apareció de nuevo ante el *Cap Finisterre* la gran masa del Cabo y se acercaron casi al mismo punto. Pudieron reconocer ciertas formaciones rocosas. En dos días y noches de realizar la misma maniobra de *virar de bordo*, habían hecho solo unos cientos de yardas de viaje. Estas fueron las únicas ocasiones que tuvieron a la vista el Cabo de Hornos.

La mayor parte del tiempo, el velero estaba cubierto por una gruesa espuma desplazada por el viento del oeste. Parecía que viajaban bajo una incesante catarata. Ni un rayo de sol apareció en este umbrío y tormentoso mundo.

ni siquiera estrellas por la noche. Las únicas cosas que vieron o escucharon, aparte del viento y las olas, fueron los albatros que rondaban sin cesar en círculos, graznando con sus tonos apagados.

El marino a cargo del timón se mantuvo firme en la caña, su cara hacia las velas o el tiempo. Algunos estaban colgados en las vergas en la desesperante penumbra, o *arrizando* las congeladas velas, tirando de ellas hasta que sus manos sangraban. Otros quedaban pegados a la borda, vigilando, indagando en vano en la hirviente negrura. No había marejadas regulares, sino olas gigantescas y combativas que descendían en una lluvia de espuma.

Unas bajas y pesadillescas nubes se precipitaron sobre ellos, proyectando su fuerza contra las velas hasta que la nave se echó de costado, más abajo cada vez, como si capitulara ante el asalto. Sus *amuras* desaparecían en el diluvio y el mar quebraba desenfrenadamente en su cubierta. A pesar de todo, los tripulantes reaparecían tan pronto como se enderezara, sal del mar en sus barbas y cejas, el agua cayendo de sus impermeables, todavía agarrados a las *escotas* asegurando las velas. Y su grito resonaba por sobre esta locura. "*Atrinquen*, muchachos, ¡no aflojen!"

El viejo navío con sus corcoveos, encabritado, quejándose y crujiendo, mantuvo su cabeza en el agua y prosiguió su ruta.

Esto duró trece días. A fin de cuentas, ganaron la lucha contra los elementos.

Durante trece días nunca se sacaron la ropa. Al regresar a sus camarotes, sólo tiraban sus impermeables y a veces hasta se metían en sus literas sin sacárselos e

incluso con botas puestas ya que a menudo era requeridos pocos minutos después de su turno.

No hay pago de "sobretiempo" por este trabajo en el mar. Tales hechos como las tempestades son 'actos de Dios' y ni el dueño ni el capitán son responsables.

En el décimo tercer día y la noche final de su continuo *virar de bordo*, hacía un frío horrible en el puente de proa. La lámpara apenas alumbraba el cuarto rectangular. Lindnaes, los finlandeses, Achazo y Hannes descansaban en sus literas. Dormían con los sentidos alertas, notando cómo la nave subía la escarpada montaña de una ola y luego caía con todo su aplastante peso en lo profundo de ellas. En su sueño podían oír los retumbantes truenos de la tormenta. El pequeño lugar palpitaba como la caja de un violón. Se habían quedado con sus impermeables y botas. A pesar del frío, sudaban. Si un grito resonaba en cubierta, se agitaban. El tráfago de cruzar el Cabo había penetrado en sus fibras; su tejido estaba compuesto de las tensiones de esa laboriosa obra.

Lindnaes se quejaba en su sueño. Sus rojas y burdas manos se agarraban a la frazada. Cuando una ola quebraba en cubierta y los hombres gritaban, él se revolvía, bufando, gruñendo. En su sueño estaba de turno, a la espera de las campanadas que lo liberarían.

Klaus entró para despertarlos.

El pesado humo del tabaco todavía colgaba en el aire, mezclándose con el salobre olor del agua que mojaba el piso, el hedor de la lámpara de aceite y la emanación del sudor de los marinos durmiendo. Klaus subió la mecha de la lámpara. Sus caras se veían dibujadas en la oscilante tiniebla. Los largos mostachos de Lindnaes le hacían parecer como una foca muerta. Martín había

estado por días con sus grandes ojos abiertos y su condición empeoraba.

Klaus remeció el hombro de Lindnaes, después prosiguió con el resto y por último llegó donde Achazo quien se despertó al instante.

"Son las ocho campanadas", repetía al oído de cada uno.

Lindnaes lo examinaba aturdidamente. "¡Estás loco, pequeño mentiroso!" le gritó, levantando sus intimidantes manazas. Pero luego se despertó del todo, saltando de su camarote, sacó su pipa y apresuradamente le dio un par de chupadas antes de ir a cubierta. Ya estaban todos despiertos, sentados con las piernas colgando, aún a medio dormir, esperando el sonido de las ocho campanadas. Martín fue atacado por una convulsiva tos y se recostó extenuado.

"¡Qué mierda de vida!" ladró Lindnaes.

"No sólo para nosotros", concordó Achazo mientras miraba hacia la cara gris de Martín, enmarcada en el sudoroso pelo enmarañado.

"Sí, pobre diablo, es un infierno para él también," coincidió Lindnaes.

Achazo sufrió una de sus raras furias.

"Es hora de que el maldito sistema que causa esto sea aplastado", gritó. Sonaron las ocho campanadas y la guardia tuvo que dirigirse a cubierta. Algunas de sus palabras llamaron la atención de Lindnaes quien cada día se interesaba más y más en el tema. Después de su turno en el timón, el hombronazo vino donde el araucano quien tenía un rato libre. Estaban parados al abrigo de la galera, contemplando las espumosas aguas que dejaban la proa del *Cap Finisterre*. Cerca de ellos se

acurrucaba Hannes con sólo la punta de su roja nariz que asomaba bajo el impermeable.

"¿Qué estabas diciendo del sistema, de destruirlo?" dijo repentinamente Lindnaes.

"Bueno no debiéramos aguantarlo todo."

Era casi imposible sostener una conversación. Aun protegidos en la cocina, el viento arrancaba las palabras de sus bocas.

"¿Pero qué podemos hacer?" gritó Lindnaes en la oreja del compañero. "Digo, ¡cuando un buque como éste no tiene suficiente tripulación!"

Hannes se agitó y les dio una mirada con sus azules e interrogantes ojos.

Lindnaes repitió la pregunta, "Y... cuando tiene pocos hombres, ¿qué pasa entonces?"

Achazo curvó las manos sobre su boca. Pensó que esta situación era la más difícil que se le había presentado en la vida para propagar sus ideas. "No debiera zarpar, ¡no debiera dejar el puerto! Ni un solo hombre debiera moverse."

"¿No qué?"

"¡Ni un solo hombre debiera trabajar! ¡Negarse a sacarlo del puerto hasta que la tripulación esté completa!"

Por un momento dejaron de hablar. Mientras Lindnaes consideraba el asunto, el viento ululaba en la arboladura y el mar golpeaba las bandas.

"Pero eso significa contratar el resto que falta."

"¡Eso es! ¡Hacer una huelga, parar el buque! ¿Entiendes?"

"¡Claro que sí!"

Otra pausa. Ciertas memorias brotaban en la mente de Lindnaes. "Hubo una gran huelga en Nueva York una

vez en los muelles, ¿sabes? Duró un largo tiempo, semanas y semanas. Y no resultó nada de ella. ¡Nada!"

"No puedes ganar todas las peleas. Los trabajadores no entiendén todavía cómo mantenerse unidos. Están empezando a entender, pero no lo suficiente."

"Tienes razón, ¡los malditos tontos! ¡Eso es! Pero, ¿qué es eso de 'aplastar el sistema'? ¿Cómo lo vas a hacer?"

"Luchando, eso es todo."

"Sí, debemos golpearle la cara al Viejo. ¿No? Por lo que le pasó a Martín."

"Eso no ayudaría. ¡Tenemos que luchar todos juntos hasta que tengamos una revolución!"

"¿Pero suponiendo que nada resulte de ello?"

Así dialogaron por toda una hora, con interrupciones causadas por repentinas borrascas y pausas para reflexionar. El mapuche habló de la necesidad de movimientos organizados en vez de actos individuales y esporádicos de protestas o venganzas. Y poco a poco el concepto se fue afianzando en la mente de Lindnaes.

"Después de todo, no eres un maldito tonto," le gritó a través del vendaval. Sonaron las seis campanadas y el araucano se dirigió a su guardia.

El día siguiente el *Cap Finisterre* alteró de nuevo su ruta. Esta vez hacia el norte. Había rodeado el Cabo de Hornos y estaba en el Pacífico, cruzando hacia la Costa Oeste.

Avistaron tierra aunque sólo a la distancia en una azul neblina. No fue hasta después de ciento doce días de navegación que claramente pudieron discernir la costa, una gran masa compacta por sobre el horizonte.

Si hubiese sido mediodía, revelando de este modo la árida desnudez de los cerros coloreados por el sol, Klaus habría considerado la posibilidad de abandonar el barco. Pero el sol ya se hundía a proa y la tierra delante de ellos surgía más alta, pintada con una miríada de colores por los rayos laterales del sol.

Era un paisaje asombroso con acantilados y empinados cerros, desfiladeros asolados, peñascosas pendientes, rocas que habían rodado hacia el mar y alturas escarpadas. A través de los intersticios de estas colinas, se podía entrever las lejanas masas de las cadenas de montañas de los Andes cuyos picos nevados parpadeaban con la débil luz.

Esto fue para Klaus la primera visión de Sudamérica y ninguna experiencia posterior pudo borrar la magia de tal descubrimiento.

Alguien le dijo que con una noche más de navegación, el *Cap Finisterre* arribaría a Atahualpa. Una puntuda y estrecha vela surgió ante ellos en una de las brumosas olas, luego desapareció. Apareció de nuevo, esta vez más cerca. Había tres hombres en el bote, dos desnudos hasta la cintura; el otro, sentado en la popa, tenía una ropa de lino y un cucalón blanco para el sol.

Se aproximó. El primer oficial los observaba con su catalejos.

"Es el práctico de la bahía."

"¿Cómo diablos?" preguntó el capitán. "¡Es demasiado pronto! ¿No ganan suficiente dinero esos flojos a costa nuestra sin pilotearnos por el océano toda la noche?"

Debido a la oscuridad, el oficial mandó a Klaus a buscar una lámpara. Cuando regresó con ella, los

hombres se ocupaban en soltar las velas para reducir su marcha. Una soga fue lanzada y una *escalera de gato* tirada por la borda.

Klaus mantuvo la lámpara por sobre el costado por lo que pudo distinguirlos muy bien, particularmente las caras y los nervudos cuerpos de los dos boteros quienes le recordaron a Achazo. El práctico subió abordo. Era un europeo y ya había conocido al capitán en viajes anteriores. Traía consigo las órdenes de los dueños quienes pedían un cambio en los planes del *Cap Finisterre*. Debía anclar para la descarga en una caleta a unas cuarenta millas al sur de Atahualpa. Lo podía hacer esa noche. Por eso había venido abordo, pues era un sítio difícil de localizar.

El Viejo se dirigió a popa, acompañado por el piloto. Las velas fueron izadas otra vez y el navío reanudó su curso. Sólo que paralelo a la costa.

En el intertanto algo había sucedido. Mientras Klaus sostenía la lámpara y miraba a los hombres del bote, Achazo había estado hablando con ellos. El muchacho no escuchó la conversación y después se enteró de lo que había ocurrido.

De repente Achazo tomó la lámpara y la apagó. Estrechó su mano. "Buena suerte, hijo," le susurró. Y en un santiamén saltó por la borda, bajó la escalera de cuerdas y subió al bote. Se deshizo de la amarra del barco y se escondió en el fondo. La embarcación empezó a dirigirse hacia la costa. Klaus se quedó parado, atónito, mientras los boteros se perdían de vista. El oficial lo llamó para que ayudara con las brazas.

Un par de horas más tarde, Klaus estaba a cargo de la caña. Era una noche límpida, llena de estrellas. El práctico dio las órdenes del curso por seguir mientras

paseaba en la popa con el capitán. Ocasionalmente se paraba cerca del timón y mediante la bitácora calculaba la distancia hacia tierra. Luego reanudaba su caminata.

Klaus podía oír parte de lo que decían. El Viejo le contaba al práctico de bahía sobre el accidente de Martin.

"No hay realmente verdaderos hombres de mar hoy en día. No tienen médula en sus huesos. Dejan que las velas se les escapen. Bueno, no hay nada que podamos hacer por el pobre diablo; tendrá que ir a un hospital."

Se detuvieron al costado por un momento. Cuando pasaron por su lado, Klaus escuchó la querella del capitán.

"En estos tiempos no tienen respeto por sus oficiales, ¡cada vez están peores! Pero no hablemos de ese tipo, ¡no vale la pena!"

Sin embargo, al volver de su paseo continuó, "Yo no haré nada, lo desembarcaré, ¡el momento que echemos ancla! ¿Pero podrían hacerse cargo de él en tierra?"

El práctico reanudó el diálogo y cada vez era sobre alguna queja.

"El transporte por mar, ¡se fue al diablo! ¡El mercado se ha venido abajo! Es esta depresión mundial, sabe, la crisis. El salitre sintético compite con nuestro salitre. Tenemos millones de toneladas almacenadas, ¡y no hay mercado para ellas! El precio del cobre se ha ido abajo, ¡y aun así, nadie compra!"

La crisis otra vez, pensó Klaus. Su padre asesinado por los nazis, su hermano Dietrich, sin trabajo; Martin con su pecho despedazado; Hamburgo con esos incontables barcos anclados y según el práctico, miles de hombres sin empleo porque no se podía vender el salitre almacenado. Todo por culpa de la "crisis," de la "depresión."

"¿Cuánto hace que estuvo la última vez por estos lados, capitán? Cerca de cuatro años, ¿no?"

"Sí, y un par de meses más."

"Bueno, en ese tiempo parecía que estábamos volviendo a la normalidad otra vez. Ibáñez llegó al poder, al costo de algunas luchas, es verdad. Pero se deshizo de los partidos políticos y de los sindicatos y demás. Cortaron el cotorreo y adelante con el trabajo. En todas partes, ¡y a toda marcha! La gente empezó a ganar dinero otra vez, pero no duró mucho. Los proyectos del dictador para proveer trabajo y su Plan de Seis Años *se fueron a las pailas*. Tenemos a todos esos cesantes en nuestras manos, debido especialmente a los esquemas de racionalización norteamericanos, y no hay manera de prestarles ayuda. Y la fuente principal del presupuesto de la nación, se secó. La COSACHE ya no tiene que pagar impuestos..."

"¿Qué es la Cosache?"

"¿No lo sabe, capitán? La Corporación de Salitres de Chile. Ella fue lo que nos llevó a la ruina. Es el nuevo monopolio yanqui del salitre; se ha tragado todo. Hoy en día ya no hay competencia. Los americanos dan la orden y los británicos o alemanes tienen que agachar la cabeza y aguantar."

El práctico consultó la bitácora. "Un poco a estribor la caña," le ordenó.

"A estribor, señor," replicó Klaus.

"Correcto, ¡estás bien! Gobierna derecho a ese roquerío."

"Esa es Punta Piedras," le dijo al capitán. "Es una lástima que no esté al otro lado, de donde viene el viento norte, allí sería un buen rompeolas." Los dos prosiguieron su paso.

"Sí," continuó . "Todos votamos por él hace ya cinco años. El dictador logró el noventa por ciento de los votos. Y entonces nos vendió a los americanos. En realidad esto queda entre nosotros, capitán, ¿comprende? Pero ya nos avivamos y cuando Ibáñez tuvo que renunciar hace cerca de un mes ni un alma estuvo con él; su propia gente lo echó."

El práctico contempló malhumorado hacía el mar.

"Iba a decir que lamento haberme nacionalizado chileno, pero supongo que no estaré mejor en ninguna otra parte... No sabemos lo que va a pasar. El gobierno no logra hacer nada y en vez de un dictador tenemos una docena por lo menos. En este distrito es el prefecto de policía Saavedra."

¿Saavedra? Por seguro Klaus había oído ese nombre antes. Claro que sí, cuando Achazo le contó la historia de los mil obreros del salitre que fueron fondeados. Sí, era Saavedra quien había concebido la idea y la había ejecutado.

"Es un tipo duro," insistió el práctico. "Demasiado duro, incluso para la gente más arriba de él. El puesto de prefecto de Atahualpa no fue un ascenso para él, de hecho fue como una medida disciplinaria. Pero de todas maneras está aquí y estamos viendo que no se pueden solucionar los problemas con sables y espuelas."

El velero se había acercado tanto a Punta Piedras que podían ver la blanca espuma y el romper de las olas. Después de haber rondado la punta, notaron a estribor una hilera luminiscente por sobre el negro océano. Debían ser del pueblo y del muelle. El práctico dejó avanzar el *Cap Finisterre* una media milla antes de dar la orden de disminuir la marcha y poner rumbo hacia el resplandor de las luces.

Las dos guardias fueron llamadas a cubierta. Un destello verde danzaba por sobre las olas mientras se deslizaban. Era una boya, previniendo a los navegantes del casco hundido de un buque de guerra. La tripulación comenzó a acortar las velas. Estaban con las del palo de trinquete cuando echaron de menos a Achazo. Entraron a palo seco en la bahía.

Las luces se acercaron y el *Cap Finisterre* se deslizó más lentamente. A corta distancia de la costa, el práctico ordenó fondear ancla. "¡Déjenla caer!" El segundo de abordo, parado cerca del molinete, golpeó la clavija de fierro con un martillazo y la cadena estrepitosamente cayó al mar. El velero viró con la corriente y se detuvo.

Klaus podía dejar la caña, la cual por ciento doce días estaba sin atención. Las velas ya habían sido afianzadas y solo precisaban recogerlas. La tripulación se juntó en la borda; hasta el viejo Martín se unió a ellos. La iluminación del muelle titilaba en la bahía. Hacia la izquierda se distinguían pálidos reflejos de luces rojizas. Eran las de las casas. A veces la sombra de un transeúnte pasaba por un momento por uno de esos ojos rojos.

"Se llama Caleta Buena," dijo alguien.

"Una porquería de lugar," comentó Jaap.

"Habría sido mejor en Atahualpa; hay más vida allá," agregó Lindnaes.

"¿Podemos echar pie a tierra?" inquirió Klaus.

"Tenemos que enrollar las velas primero, pero le voy a preguntar al oficial," contestó Lindnaes.

El oficial condujo al práctico hacia la escalera y lo ayudó en la barandilla. Klaus notó que el bote que lo esperaba no era el mismo en que había venido abordo. Una vez que el oficial vio que el práctico se había ido, dio media vuelta y

fue a la proa antes que Lindnaes pudiese averiguar sobre y a tierra. Fue directo a la cabina del capitán, golpeó y entró.

"¡Por fin llegamos, capitán!"

"Sí, logramos hacerlo y con ¡mil problemas en el camino!"

"Quiero informarle, señor, que el indio desapareció."

"¿Desapareció?"

Casi hubo una señal de alivio en la exclamación del capitán. "Así es que desapareció, ¿eh? Bueno nadie va a lamentarlo. ¿Saltó por sobre la borda? ¡Confiemos en que se haya ahogado en la bahía!"

Y en lo que se refería al Viejo, concluyó el asunto de Achazo.

El capitán dio las órdenes correspondientes.

"Vamos a descargar, empezando por la escotilla número uno mañana a las seis. Pero vea que tengamos un bote esta noche. Martín debe estar en tierra ¡de inmediato! Está muy mal y no queremos que muera abordo. Mantendremos al muchacho ése, el otro polizón. Haremos que el vicecónsul en Atahualpa venga abordo y firme los documentos. Sólo necesitamos un hombre más para reemplazar a Martín en el viaje de vuelta."